

SEDUCIR A UN CABALLERO



CLARICE DUVAL

Seducir a un caballero

Hermanos Whitman 3

Clarice Duval

Sinopsis

Contra todo pronóstico, **Margot Whitman** es un éxito en sociedad. A dos años de su presentación, la cantidad de pretendientes que la acechan y flores que llegan con poemas a su casa no ha mermado, y es que, al menos para los sofisticados caballeros que han pedido su mano en matrimonio, el talento de la joven con las palabras y su capacidad para soltar veneno sin despeinarse es una bocanada de aire fresco.

Y para Margot, la única arma que tiene para convencer al hombre que ama de que ella es la única mujer con la que puede casarse.

Sir **Tristan Hartley** es uno de los solteros más deseados de Londres incluso tras varios años de ausencia, y, al menos en su opinión, así deben seguir las cosas. No quiere casarse y mucho menos hacerlo con una mujer que pueda significar un peligro para sus planes inmediatos, que no son otros que destruir el legado familiar. Sin embargo, la presencia de cierta mujer y sus constantes flirteos hacen que mantener el tipo sea cada vez más difícil.

Un beso que lo cambia todo y una promesa rota son lo único que puede asegurar que tengan el final con el que Margot soñó desde niña.

Índice

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

Antes de empezar...

Esta novela consta de un prólogo, 23 capítulos y un adelanto (además del epílogo). Antes de empezar a leerla, por favor verifica el índice que así sea. De no estar esta cantidad de capítulos, elimina la descarga —que no la novela— de tu dispositivo, cierra la *app* y vuelve a descargar la novela. Con eso debería bastar. Si no, espera unos minutos.

Esta advertencia es para evitar problemas como los ocurridos hace unos meses con *Se busca condesa*, que por alguna razón no aparecía completa en los primeros días tras su publicación.

Sin más que añadir, ¡disfruta la lectura!

Clarice Duval.

Prólogo

Londres, Inglaterra, 1811

Residencia de la familia Whitman

Eran pocas las cosas que a alguien con la agilidad mental de Margot se le escapaban. Con apenas nueve años ya era mucho más lista de lo que las institutrices podían manejar. A veces, le daba la impresión de que le temían a la rapidez con la que barbotaban soluciones e ideas de su cabeza.

Incluso su hermana mayor, Cassandra, la veía con un poco de recelo cuando tomaba un libro extraño de la estantería.

Esa había sido la más reciente discusión con su hermana: había descubierto que Margot se birlaba los libros de la biblioteca de su padre.

El difunto señor Whitman era amante de las antigüedades y las rarezas dignas de colección, entre las que figuraban ediciones extrañas de libros aún más extraños de conseguir. Margot lo había descubierto hacía relativamente poco tiempo y estaba fascinada, y por lo mismo, su presencia en esa estancia de la casa era cuidadosamente vigilada.

Con lo que ni Cassandra ni nadie en realidad contaba, era con la paciencia de Margot. Había esperado semanas para colarse a la biblioteca y hacerse con esa edición de 1543 que estaba en la balda más alta de la estantería. Tenía todo planificado al milímetro. Sus hermanas estarían ocupadas y ella se valdría de algunas distracciones para entrar sin ser vista siquiera por la servidumbre.

Leonor estaba tomando la siesta. Cassandra cumpliendo con sus responsabilidades sociales como debutante, y el ama de llaves estaba haciéndose cargo de unos problemas en la cocina.

Bajó las escaleras de dos en dos, de puntillas y echando vistazos furtivos a su alrededor hasta que abrió la puerta, muy despacio para que el rechinado no se escuchara.

—No. Deja de ser tan necio, ¿quieres?

—No estoy siendo necio —se quejó Simon— solo tengo curiosidad.

—No me interesa lo que tengas —balbuceó la otra voz—, no responderé tus preguntas morbosas. Si tanto te interesa saberlo, ve y convéncela de que se acueste contigo.

—Solo tienes que responder sí o no.

—Vete al Diablo.

Margot se quedó estática y con una mano en el pomo de la puerta en cuanto reconoció al dueño de esa segunda voz. Le costó lo suyo, porque jamás lo había escuchado arrastrando las palabras, pero no había dudas: el hombre que acompañaba a su hermano no era otro que sir Tristan Hartley.

Si se hubiera tratado de cualquier otro, Margot habría entrado y tomado su libro de astronomía, pero cuando él entraba en escena, ni siquiera podía hilar una frase coherente.

No hacía mucho tiempo, cuando cumplió ocho años y él le regaló una muñeca, Margot se dio cuenta de que cuando lo tenía cerca solo podía balbucear monosílabos o ser torpe, muy torpe, y eso la frustraba.

Era una niña lista, brillante incluso, sabía muchas cosas de muchos temas y mantener conversaciones al respecto le era más sencillo que atarse los cordones de las botas, pero cuando se trataba de él, las cosas cambiaban.

Y fue justamente por ello que, a pesar de que esa era la única oportunidad que tendría en mucho tiempo para hacerse con el libro, no se atrevió a entrar.

Estaba a punto de marcharse porque no quería estar cerca y mucho menos ser pillada *in fraganti*, pero escuchó una pregunta que la ancló al suelo:

—¿Cómo es la mujer que puede robarte el corazón y hacerte sentir cabeza?

Margot esperaba la respuesta con toda la curiosidad del mundo. ¿Cómo era la mujer capaz de hacer que Tristan Hartley cayera rendido de amor?

—No seas ridículo —respondió—. Esa mujer no existe.

—Tiene que hacerlo, ¿o cómo planeas elegir esposa?

—Para casarse no se necesita estar enamorado. Eso es una ordinariez. Pero incluso si fuera necesario... yo nunca voy a casarme.

Margot lo conocía desde que recordaba, y solía ser un hombre sereno e inexpresivo. Podía decir, sin temor a equivocarse, que ni siquiera lo había visto enojado. Pero en ese momento... había tanta convicción en su voz.

—Eventualmente tendrás que hacerlo. Es lo que corresponde.

—No lo haré.

—Pero tú y yo tenemos un trato.

—Y no faltaré a él si es necesario, pero de otra manera, no voy a casarme.

—Está bien. ¿Me dirás entonces cómo es la mujer ideal de sir Tristan Hartley? La mitad del reino se muere por saberlo.

Margot retrocedió. ¿Qué estaba haciendo? Tenía que retirarse. Esa era una conversación privada.

—Me gustan las mujeres inteligentes —empezó él—, que no se sonrojen con una mirada y que sepan lo que quieren.

—No te gustan las bellas y recatadas debutantes.

Sir Tristan no respondió y Margot se repitió varias veces que debía regresar a su habitación. Si la intuición no le fallaba, su hermano estaba ebrio de nuevo, y sir Tristan no podía estar mucho mejor. No solía beber según había observado, pero era imposible que estando con un borracho él no lo estuviera también.

Mientras hacía el camino a la sala de estar de la entrada, su mente no dejaba de darle vueltas a ese asunto «yo nunca voy a casarme» se repetía una y otra vez en su cabeza.

Se dejó caer en un sofá y se cubrió el rostro con las manos.

¿A ella qué le importaba? Si sir Tristan quería o no casarse no era asunto suyo.

—Es definitivo —murmuró—, he perdido el juicio. Estoy loca. O solo soy tremendamente estúpida.

—Me pregunto qué puede tener tan preocupada a la mente más brillante del reino.

Margot se sobresaltó al escucharlo y echó la cabeza hacia atrás para observarlo en toda su gloria. Llevaba el cabello desordenado, los ojos enrojecidos, un ligero rubor en las mejillas y la corbata colgando de su cuello.

—Sir Tristan —se apresuró a hacer una reverencia—. No sabía que estaba aquí.

—Pues ya ves que lo estoy —balbuceó, dejándose caer en el sofá—. ¿Me contarás qué te ocurre? Debe de tratarse de algo serio si no lo puedes resolver por tu cuenta.

Margot tragó saliva, pensando a toda prisa en su respuesta. Tenía que relatar algo más o menos convincente. No podía decirle que se trataba de él, y que no entenderlo la estaba desesperando.

Cualquier cosa era mejor que eso.

—Hay un libro —empezó, nerviosa—, es uno muy raro sobre astronomía. Está en la biblioteca y quiero leerlo, pero Cassie me lo ha prohibido y... y ya sé que es mi deber ser obediente con mis mayores, pero ese libro me interesa demasiado.

Se dejó caer en el sofá ella también, sintiendo que las piernas le fallarían en cualquier momento por estar mintiendo.

—Te gusta la astronomía —comprendió él, arrastrando las palabras—, algo poco apropiado para una dama, y sobre todo para una tan pequeña.

«No soy tan pequeña» estuvo a punto de quejarse. Sin embargo, optó por asentir, pues él le había creído.

—Algunas cosas no son para nosotros por mucho que nos gusten —le sonrió.

—Pero quiero ese libro —insistió.

—¿Lo entenderías?

—No lo entiendo —convino, envalentonada—. Creo que la mayor parte del tiempo, en la mayoría de cosas, no lo hago. Pero no puedo evitar querer estar cerca y aprender y...

«Quererlo» añadió para sí misma.

—Yo también he querido cosas que me están vetadas, Margot, y no tiene nada de malo. Pero es muy cruel desear algo que jamás será nuestro aunque esté a nuestro alcance.

Sir Tristan tenía los ojos cerrados y la sonrisa apagada. A Margot se le revolvió el estómago. Tenía el presentimiento de que hacía rato que ninguno de los dos estaba hablando de libros.

Presenció el milagro más grande de la humanidad cuando una lágrima se asomó a su ojo derecho y él la dejó correr.

¿Acasi sir Tristan Hartley estaba triste?

—¿De quién se trata?

—¿Qué? —chilló.

¿La había descubierto?

Sir Tristan se incorporó hasta quedar más o menos bien sentado. Se restregó los ojos y volvió a hablar.

—¿De qué libro se trata? Disculpe que ya no sé ni lo que digo.

Margot dejó escapar un suspiro disimulado. No la había descubierto, estaba demasiado aturdido para ello. Si no estuviera tan borracho a lo menor no le costaría ver lo que le ocurría, pero en ese estado era más sencillo. Sonrió.

—*Astronomicum Cæsareum* de Petrus Apianus.

Sir Tristan sonrió.

—Ya sé qué libro es. Ahora vuelvo.

Se puso de pie con algo de dificultad y desapareció por el corredor para, unos minutos después, regresar con un libro en las manos.

—Es una pieza única, de coleccionista. Es una impresión que data de 1543 y está en óptimas condiciones. Cuídalo.

Le entregó el libro con tanta solemnidad que estuvo a punto de echarse a reír, pero toda diversión se esfumó cuando sus dedos le rozaron la palma de la mano derecha por casualidad y toda ella se estremeció.

Se alejó de inmediato y él ni siquiera se inmutó.

Margot acarició el lomo del libro para tener en qué ocupar las manos y evitar que se notara

que estaba temblando.

—Muchas gracias, sir Tristan —balbuceó—. Obtenerlo por mi cuenta habría sido casi imposible.

—Solo procura que nadie lo sepa —le guiñó un ojo con torpeza y se puso de pie—. Creo, chiquilla, que no te desagrado tanto como creía.

—¿Desagradarme?

—Sí, ya sabes —hizo aspavientos y se puso de pie—. Eres muy inteligente, y eso te traerá problemas. Lo correcto sería decirte que debes medir tu comportamiento, pero... no cambies a menos que quieras hacerlo. No dejes que la presión sobre ti te haga olvidar quién eres.

—¿P-por qué me dice esto?

—Aunque me odies, Maggie, es el único buen consejo que puedo darle a alguien más lista que yo —rio—, el único consejo que me habría venido bien a mí.

—Yo no lo odio —se apresuró a corregir, ignorando todo lo demás—, ¿por qué piensa algo así?

—¿De verdad no me odias? —entrecerró los ojos.

—¡Por supuesto que no!

Sir Tristan le dedicó una sonrisa brillante y estiró un brazo para alborotarle el cabello.

—Qué raras sois las niñas —balbuceó.

—Su carruaje lo espera, sir Tristan —anunció el mayordomo.

—Bueno, Margot, nos vemos en otro momento.

Se sacudió la ropa e intentó arreglarse el cabello con manos torpes.

No había dado ni dos pasos en dirección a la salida cuando se tambaleó hasta casi darse de bruces con el suelo. Margot corrió a socorrerlo, obligándolo a pasarle un brazo por los hombros.

—Sería más sencillo si hubiera traído un bastón —chilló—. ¿Dónde lo dejó?

—No tengo idea —rio—. Gracias, niña.

Margot ya no era una niña, y no se sentía como tal, pero parecía que para sir Tristan ella siempre sería la chiquilla de seis años a la que encontró llorando bajo la cama.

El mayordomo se apresuró a ayudarlo a llegar a su carruaje en cuanto vio las condiciones en las que sir Tristan iba y que Margot lo estaba ayudando, pero ella apenas notó todo aquello, concentrada como estaba en el sonido de su corazón, que escuchaba a la perfección por lo cerca que estaban.

—Gracias, niña.

Le volvió a sacudir el cabello y se subió al carruaje con ayuda del cochero y el lacayo.

—Ya no soy una niña, Tristan Hartley. Ya no lo soy.

Capítulo 1

Londres, Inglaterra

Temporada social de 1823

Doce años después...

A diferencia de su hermana menor, Margot no creía que el amor fuera lo que movía al mundo, sino el dinero y el poder.

Tras varios años de ver cómo su familia se derrumbaba por la falta de él, no tenía dudas de que a veces era incluso más importante que el amor.

Pero ni esa ni ninguna lógica la había salvado de rechazar al soltero más rico de todo el reino, y lo había hecho sin despeinarse.

—¡Pudiste ser marquesa! ¡*marquesa*! ¿es que no te arrepientes?

Marian opinaba lo mismo. De hecho, parecía haberse tomado muy personal el que desperdiciara la oportunidad de su vida.

—Nunca he querido ser marquesa.

Su amiga se masajeó las sienes y se bebió la copa de vino sin siquiera parpadear.

—Lo pondré de esta manera: pudiste casarte con uno de los hombres más ricos de todo Reino Unido y decidiste decirle que no te interesaba. ¿Sabes cuántas probabilidades hay de que el soltero más codiciado del reino entero te proponga matrimonio, no una si no dos veces? ¡dos veces!

Margot, que en lugar de vino bebía un zumo de naranja, le dio un pequeño trago mientras encontraba la manera de dar una explicación razonable a ese disparate. ¡Si incluso a ella se le dificultaba comprender por qué lo hizo!

—¿Una en un millón?

Marian respiró profundo y Margot supuso que era para no maldecir en voz alta.

A veces los comentarios de su amiga parecían cargados de envidia, pero Margot, que conocía su historia y todo lo que aún tenía que soportar —como ser ignorada o vista por encima del hombro en los pocos eventos a los que era invitada—, comprendía que no lo decía por maldad.

—Una en un millón —confirmó—. Con un esposo como él nunca pasarías ningún tipo de penurias. Nadie se atrevería a tratarte mal ¡y no importaría lo extraña que fueras, nadie te criticaría! Tus extraños gustos por los gusanos ya no serían rarezas sino... *excentricidades*.

No eran gusanos los que a Margot le gustaban, pero como siempre, lo dejó pasar. No tenía caso volver a explicarle la diferencia entre estos y orugas, que eran lo que verdaderamente le interesaban.

—Si bien no soy romántica por naturaleza, no me veo compartiendo mi vida con un hombre que no me despierta ni un poco de interés. Es agradable y muy atractivo, pero nada más. ni siquiera puedo prestarle atención cuando habla.

—¿Tú crees que las demás sí estamos atentas a las conversaciones que tenemos? —bufó—. A veces solo estamos cruzando los dedos para que nuestro interlocutor se calle de una buena vez. Esa es una excusa muy pobre para rechazar a un partido inmejorable.

Marian se afianzó de su brazo, señal inequívoca de que no iban a dejarla irse sin obtener una buena y muy detallada explicación al respecto. No que su amiga fuera cotilla —de hecho, no solía prestar atención ni a la mitad de los rumores que, como florero escuchaba—, sino porque le parecía inconcebible que actuara así, y no podía culparla. Ella misma no se reconocía al rechazar todas y cada una de las buenas propuestas recibidas hasta ahora.

Ella, que había criticado a sus hermanos por complicarse la vida cuando de relaciones se trataba, parecía estar en la misma situación o en una peor.

—Quizá tengas razón —concedió al cabo de un rato de caminar por el jardín—, pero tengo razones de peso para hacer las cosas que hago.

—¿Razones de peso? —bufó.

Margot, que conocía los jardines de los condes de Gladstone como a la palma de su mano, no respondió de inmediato, sino que la guio al invernadero, y solo hasta que hubo cerrado la puerta de madera y asegurado de que estaban completamente solas, se permitió abrir la boca.

—No creas que no dudé en aceptar su propuesta. Tendría la libertad que siempre he querido y la certeza de que incluso si Simon vuelve a ser el estúpido que siempre fue y pierde en las mesas todo nuestro patrimonio, ni Leo ni mis sobrinas pasarían una sola carencia.

—¿Pero? —la apremió.

—Pero ya te lo he explicado —convino en un susurro.

—Te estás guardando algo. Suéltalo ya.

Estaba incómoda, y no por la conversación que estaban manteniendo o por el vestido —que por cierto estaba lo suficientemente ajustado para rayar en lo doloroso—, tampoco por el dolor de cabeza que empezaba a nacerle en la coronilla por causa de las horquillas que mantenían su peinado de manera precaria, sino porque estaba a punto de decir algo que lo cambiaba todo.

—Hace unos días llegó esto —le ofreció un sobre desgastado.

—¿Hace unos días? Parece llevar diez años en tu poder.

No le respondió y esperó atenta, a que terminara de leer la carta. Supo el momento exacto en el que todo cobró sentido para ella por cómo frunció el ceño y cerró los ojos.

—Tienes que dejar de robar la correspondencia de tu hermano —murmuró—. ¿Cuándo es esto? ¿cuándo regresa?

Cuadró los hombros para imprimirle a su respuesta toda la solemnidad que merecía:

—Si las cuentas no me fallan, en tres días. Queda menos de una semana para que vuelva a ver a Tristan.

Y con aquella confesión, la realidad la golpeó con fuerza: después de cinco años, volvería a tener a Tristan frente a frente.

Capítulo 2

Hacía al menos una semana desde que Tristan Hartley estaba en territorio británico.

Aún no lo había visto, pero por los retazos de conversaciones entre su hermano y cuñada, él aún no estaba listo para regresar a la ciudad.

Desde la conversación con Marian, había sentido que el tiempo no avanzaba, ansiosa como estaba por el inminente reencuentro.

Se asomaba a la ventana en cuanto escuchaba que un carruaje se acercaba. La sola idea de salir de la casa y que él pudiera llegar cuando no estuviera, la irritaba. Pensar en que podía no coincidir con él si llegaba de visita la aterraba.

En definitiva, cada segundo sin tener noticias de una fecha exacta de su arribo, la mantenía al borde del asiento.

Y por otro lado, se sentía traicionada por su cuñada. Amber era la única persona que conocía sus sentimientos por él y aun así, no le dijo que Tristan había decidido regresar al país por fin. De hecho, de no ser por su vena cotilla, habría permanecido en la ignorancia hasta que un día bajase a desayunar, aún en ropa de dormir, y se lo encontrara bebiendo café o comiendo galletas de avena.

Marian, que opinaba que eso acabaría mal, era la única que le hacía compañía en esos angustiosos días, y aunque no le decía nada, se sentía juzgada por su mirada azul en todo momento.

—A mí lo que me intriga es por qué ha estado lejos tantos años. Tengo entendido que al ser su padre solo un barón y estar hasta abajo en la jerarquía nobiliaria, no es mucho lo que puede hacer hasta heredar el título, pero ¿no regresar ni de vez en cuando?

Era una pregunta que Margot se había hecho por mucho tiempo. Solo había regresado una vez en todos esos años, justo para el inicio de la temporada en la que fueron presentadas. Sin embargo, su paso por el país fue tan breve que no pudo verlo. De hecho, solo visitó a su hermano Simon una vez, y fue la misma mañana en que dio su primer paseo en Hyde Park con un

pretendiente.

—A mí me gustaría saber por qué se fue —reflexionó—. Fue por algo grande, porque cuando le pregunté a Simon me dijo que era algo de adultos, que no lo comprendería, y no es algo que suela hablar ni siquiera con Amber, aunque ella también lo sabe.

—Demasiado secretismo solo puede ser algo malo —convino Marian, sirviéndose más tarta de fresa—. ¿No has pensado en que pueda regresar casado?

Aquella pregunta le sentó como como una bofetada, pero se cuidó de que se le notara demasiado.

—Deja de pensar en voz alta.

—No. Si es así, aún estás a tiempo de inventar una excusa y aceptar la propuesta del marqués.

—A veces creo que no debí decirte nada —bufó—, pero si estás tan obsesionada, ¿por qué no la aceptas tú?

—Porque por desgracia, no fue a mí a quien se la hizo. De todas maneras, es tan sencillo como que le digas que estabas muy confundida y no pensabas con claridad y él te sostendrá la propuesta.

Puso los ojos en blanco y se sentó. Eso era lo único que podía hacer. Esperar. Esperar y esperar.

A veces se sentía como Penélope esperando a su Odiseo y rechazando a sus pretendientes sin titubear, pero ni ella tejería un sudario por veinte años, ni Tristan la amaba tanto.

De hecho, a veces tenía la sensación de que Tristan ni siquiera la toleraba.

Pero eso era antes de conocerla a ella, a la nueva Margot. Ahora sí era una dama de los pies a la cabeza, era bonita y se sabía comportar. Estaba convencida de que su encanto personal la ayudaría a conquistarlo, si no lo hacía su belleza.

Pero para eso necesitaba por lo menos verlo, y él se lo estaba complicando bastante.

—¿Cuál es tu plan?

Marian estaba sentada en la orilla del sofá, con las manos en el regazo y esa mirada

depredadora que le añadía atractivo, pero también le restaba inocencia. Que se despojara de sus gestos ensayados le dejó claro que esperaba una respuesta concreta, y que tenía algo en mente.

—Pues... esperar a que aparezca y me vea.

—¿Eso es todo?

—¿Sí? ¿debería de planear algo más? ¡Ah! —se desesperó—. ¡debería! ¿pero qué?

—Piensa en cómo has conseguido tener pretendientes. Sin importar si ha pasado años en Inglaterra o no, sigue siendo hombre, y los hombres se comportan de maneras similares.

Se dejó caer en su asiento y se mordió las uñas, meditando al respecto. Marian tenía razón: debía de tener un plan medianamente trazado sobre cómo llegar a él. Incluso si bastaba con que la viera y se enamorara de ella, debía de buscar las casualidades.

—No sé cómo lo hice —confesó, frustrada—. Tengo pretendientes y recibido propuestas, sí, pero no sé cómo o qué vieron en mí.

—Eres bonita.

—Pero eso por sí solo no basta. Hay varias jóvenes de mi edad o menores que lo son mucho más que yo, pero ninguna de ellas ha recibido la propuesta del marqués de Radakin o del señor Rhodes. Eso quiere decir... eso quiere decir que tal vez mi encanto personal sí sirva de algo.

Marian le dedicó una mirada cargada de sabiduría y le dio un apretón de manos como gesto de solidaridad. Su amiga no solía hacer algo así y de hecho evitaba el contacto físico tanto como podía, así que si la estaba consolando era porque la daba por perdida.

—Se enamorará de mí —le aseguró con una sonrisa—, y me amará tanto como yo a él.

Marian no respondió de inmediato, parecía estar midiendo sus palabras, pero antes de que pudiera reflexionar sobre lo que eso significaba, se escuchó un grito proveniente de las escaleras.

Salieron a toda prisa para encontrarse con un panorama aterrador: cubierta de lodo y renqueando, Daisy sacudía a su hermana menor, que estaba inconsciente en la alfombra.

Ambas corrieron a socorrer a la niña, que había perdido el conocimiento y tenía el rostro cubierto de barro.

—Llama a tu hermana y que traigan a un médico.

Margot corrió escaleras arriba para ir a por Amber, que en cuanto escuchó que una de sus hijas estaba lastimada, se anudó una bata y bajó a toda prisa.

—¡Daisy! ¡Anette!

La menor reaccionó ante el grito de su madre, y se sentó sobre la alfombra. Tenía la frente y los hombros cubiertos del mismo barro que Daisy tenía en las manos y parecía desorientada.

—Mamá, Anette ¡pum! en las escaleras —balbuceó Daisy.

Amber se acuclilló frente a las dos niñas y les revisó el rostro, como si con eso pudiera asegurarse de que estaban bien.

—¿Qué ocurrió?

—Anette ¡pum! de las escaleras —repitió Daisy.

—Sí —corroboró la pequeña—, ¡pum! porque Daisy ensució la alfombra.

—Daisy...

—Tía Leo me enseñó —se defendió.

—Leonor no está —la defendió Margot.

Amber suspiró, le limpió el rostro a ambas con la manga de la bata y les besó la frente.

—Si papá pregunta, no le digáis que tía Leonor os enseñó.

—¿Por qué?

—Porque papi regañará a tía Leonor, y si la regaña, la castigará y no podrá jugar con vosotras, y no querréis eso, ¿verdad?

Ambas niñas negaron, y en cuanto Amber las soltó, dos doncellas las levantaron en brazos y se las llevaron a la habitación, seguramente a darles un buen baño.

—Revisad si tienen alguna herida o golpe.

—Sí, milady.

Marian y Margot le ofrecieron un brazo para ayudarla a sentarse.

—No puedes seguir encubriendo las travesuras de Leo o ella no aprenderá a hacerse responsable de sus actos.

—Hablaré con ella cuando regrese. Le pediré que no les siga enseñando trucos peligrosos a las niñas, pero no se lo diré a Simon. Quiero un poco de paz, y sabéis tan bien como yo que si se entera de que una de las niñas se ha lastimado por intentar imitarla, no habrá poder humano que lo apacigüe y yo no tengo fuerzas para lidiar con él.

Margot le acarició una mano con ternura. Amber era lo mejor que le había ocurrido a la familia en mucho tiempo. Era una mujer extraordinaria, dulce, amable y amorosa. Había conseguido domar a la bestia que era Simon y convertirlo en alguien de bien y no en el despojo que Margot recordaba, y con eso, las arcas familiares dejaron de sufrir y los Whitman se recuperaron.

Quizás era su hermano quien había trabajado para llegar a ese punto de recuperación, pero Margot sabía que era por Amber que se había esforzado tanto hasta el punto de ser un devoto hombre de familia.

Si no estaba en casa junto a su esposa recién parida y sus hijas era por una urgencia que surgió en sus minas de carbón y que solo podía resolver en persona.

—También es probable que para cuando Simon regrese, ya las niñas lo hayan olvidado. ¿Cuándo vuelve?

—En dos días.

—Margot y yo vamos a vigilar a las niñas. Por favor, ve a descansar. Necesitas reponer fuerzas.

La ayudaron a llegar a su habitación y pasaron el resto de la tarde cuidando de las niñas, dos criaturas encantadoras y muy peligrosas que habían heredado los mejores rasgos de su padres.

—Hoy tampoco vino tu caballero de brillante armadura.

Margot torció el gesto mientras la acompañaba a la salida.

—Ya vendrá —aseguró— y para cuando lo haga, que se prepare, porque se va a enamorar de mí.

Capítulo 3

No había una sola cosa que quisiera hacer en Inglaterra más que ver a la gente que quería. Empezó por su hermana Anne Rose, más por el hecho de que si no era la primera no se lo perdonaría, que porque quisiera tanto verla.

Si bien la extrañaba, ni él ni su hermana fueron educados para las grandes muestras de afecto, o para ser tan cercanos, y dos horas después de que llegara a su casa, ninguno de los dos tenía nada que decir.

Se había extendido en la información de las cartas que intercambiaron en los últimos años, le presentó a su pequeño hijo de cuatro años y lo actualizó sobre cómo marchaban las cosas con el padre de ambos.

—Milord debe de estar esperando tu visita —le dijo Anne Rose—. ¿Cuándo irás a verlo?

—Lo aplazaré hasta que me sea inevitable —respondió con tiento—. El viejo tiene la capacidad de agriarle el humor a cualquiera, y prefiero evitarme ese mal rato tanto como se pueda.

—Milord está enfermo —continuó Anne Rose, con las manos en el regazo—. Muy enfermo.

Tristan soltó el aire muy despacio, intentando no decir algo hiriente, o lo que era peor: la verdad. Su relación con el viejo no era ni de cerca la mejor, de hecho, en todos esos años solo le escribía para hacerle saber que estaba vivo, como una obligación moral, pero no había un vínculo que lo uniera a él más allá de lo moral y de lo social.

Tampoco le importaba en demasía qué fuera de él. Si moría o vivía era algo que lo tenía sin cuidado y en lo que prefería no pensar, a fin de cuentas, pasara lo que pasara, él seguía siendo su único hijo varón y heredero.

—Tengo que irme, Anne —le besó la mano y le acarició el cabello—. Tengo muchos pendientes que resolver y mi administrador está por caer.

Tenía la mirada fija en el reloj, como si estuviera calculando su hora de llegada. Anne Rose suspiró, quizás intuyendo que era una burda mentira, y le besó la mejilla dos veces y se colgó de

su brazo para guiarlo a la salida.

—A Marcus le habría gustado saludarte, pero está en una reunión importante.

Mientras se colocaba el abrigo y el sombrero, una criada se acercaba con el pequeño de cuatro años, que le sonrió, como si lo reconociera de toda la vida.

—Adiós, tío *Tishta*.

Se acuclilló y le sacudió el cabello, que se rio con él y le dejó un beso en la mejilla.

—Adiós, Marc. Nos vemos pronto.

Salió de la casa de su hermana con una sensación extraña, como si de pronto le hubieran arrancado algo de dentro y no supiera cómo llenar ese vacío. ¿Se debería a su sobrino? Tal vez. Le recordaba a alguien —no por su físico, era un calco en miniatura del padre—, sino por cómo sonreía. Solo que no sabía a quién le recordaba.

Seguramente Anne Rose se dio cuenta de su mentira, pero como siempre, no dijo nada. Tristan no tenía nada que hablar con su administrador, pero cualquier excusa que lo alejara de sostener una conversación en la que se mencionara al viejo era bienvenida.

El club estaba descartado. Si una sola persona más le mencionaba al barón Reynolds, Tristan no sería capaz de mantener el tiempo y mucho menos contener las ganas de rehacer sus baúles y largarse tanto como un barco se lo permitiera.

—A casa de los Whitman.

Llegó a casa de los Whitman y, como solía hacerlo antaño, no se anunció. Se bajó del carruaje y se quedó frente a la casa.

Una sensación extraña lo invadió cuando se fijó en la fachada de la propiedad, en lo distinto que se veía el jardín de la entrada y en que a pesar de que las modificaciones apenas perceptibles en su estructura, parecía un sitio muy distinto al que recordaba.

El mayordomo le abrió la puerta apenas puso un pie en el primer peldaño y le hizo una reverencia mucho más profunda que la que merecía dado su estatus social.

—Bienvenido, sir Tristan.

—Graham. ¿Cómo ha estado?

—Bien, por la gracia de Dios Nuestro Señor.

Recibió su abrigo, guantes y sombrero.

—¿Cómo han ido las cosas por aquí?

—Mucho mejor gracias a milady y a la señora Remington.

Se dirigió a la biblioteca como antaño, y mientras recorría el pasillo y se fijaba en el empapelado, mucho más claro y armonioso que el que solía haber, además de las flores en jarrones blancos, se dio cuenta de qué era ese vacío que sintió cuando se marchó de casa de su hermana: nostalgia.

Conocer a su sobrino le dejó una incomodidad difícil de explicar, pero que podía entender como añoranza. Anne Rose tenía una familia. Cassandra tenía una familia, y ahora, a pesar de que lo sabía, por fin se daba cuenta de que Whitman también la tenía.

Abrió la puerta, sorprendido por que ya no hiciera ese ruido molesto, y en cuanto echó un vistazo adentro, tuvo que retroceder, impactado por la estampa que se encontró.

La luz entraba a raudales por la ventana —que no recordaba haber visto del todo abierta alguna vez— e inundaba la habitación, que al igual que el pasillo y la fachada, tenía las paredes empapeladas de colores claros. Pero no fue eso lo que lo impresionó, si no lo que había en el centro: una figura femenina, con el cabello sujeto y revuelto cubriéndole el rostro, vestida en algo que tal vez intentaba ser un camisón de dormir (pero no tenía mangas) y que dejaba un par de tobillos y pantorrillas moldeadas a la vista, y sobre su pecho había un bebé, que al igual que ella, parecía estar dormido.

No fue la piel que quedaba a la vista lo que lo aturdió, tampoco el hecho de que una mujer decidiera estar *vestida así* a las dos de la tarde, sino...

Tragó saliva e intentó moverse, pero la luz del sol la acariciaba de tal manera que, vestida de blanco, parecía un ángel.

Una aparición.

Sí, eso debía de ser, era un recordatorio de una de las tantas cosas a las que había tenido que

renunciar.

Tal vez... tal vez no tenía que haber regresado nunca a Inglaterra. Estaba enloqueciendo.

Y como si quienquiera que moviera los hilos de destino quisiera, una vez más, demostrarle que le encantaba jugar con él, *ella* se movió y se descubrió el rostro, y entonces lo supo: tenía que huir cuanto antes.

Capítulo 4

Le costó coordinar sus movimientos mucho más de lo que le habría gustado admitir.

Por primera vez en su vida, se sentía sobrepasado, y no era por una situación que no pudiera manejar, sino... por *alguien*.

Contrario a lo que era sensato y su mente le pedía hacer, en lugar de cerrar la puerta y retirarse en silencio, sus piernas se movieron hasta entrar y quedar a unos palmos de ella.

—Graham —llamó con voz pastosa—, no se mueva ni haga ruido o va a despertarse.

Estaba detrás de ella, que permanecía con los ojos cerrados y movía las manos sobre su rostro muy despacio.

Tristan lo había adivinado al apenas abrir la puerta, sin que se moviera un ápice o verle la cara, pero que después de descubrirse el rostro se confirmase su identidad, fue un golpe demasiado duro.

¡Por supuesto que ella era *ella*!

¿Qué otra persona podía ser?

No había nadie más ni en esa casa ni en esa familia que empatase mejor con lo que tenía frente a él y ella representaba que la mismísima Margot Whitman.

Y aún así, le costaba creer que la niña molesta e irritante que dejó atrás hacía cinco años y la mujer que estaba allí fuera ella.

Era tan contradictorio y a la vez, no podía ser de otra manera.

—¿Graham? ¿Por qué de pronto me obedece?

Hablaba en voz baja, pero tenía el ceño fruncido y las dos manos ocupadas en la criatura que tenía pegada a ella, tan minúscula que le daba miedo que se rompiera.

—No soy Graham —atinó a responder.

Y entonces, toda esa ligereza que exudaba y sus movimientos casi medidos se fueron al traste cuando se sentó de golpe y se giró hacia él.

—¿Tristan? —jadeó.

La sonrisa que tenía casi desde que entró se borró de un plumazo cuando ella se le quedó viendo entre asustada y horrorizada. ¿Tanto le desagradaba?

—¿Maggie?

Frunció los labios y, aunque parecía a punto de echarse a correr, , solo sostuvo al bebé entre sus brazos y le sostuvo la mirada.

—¿Qué hace aquí?

Se sintió fuera de sitio, como un extraño invadiendo la casa de un desconocido, y en cierta manera, así era. Él ya no era el mismo que se marchó de Inglaterra casi huyendo, y al parecer, los habitantes de ese lugar tampoco lo eran, y la mayor muestra no era la decoración, sino la mujer que tenía enfrente.

—¿Vine de visita? —probó.

Si esperaba que Maggie respondiera con alguno de los comentarios afilados con los que solía regarle los oídos hacía algunos años, este nunca llegó. La vio guardar silencio mientras le lanzaba miradas añorantes a la puerta.

Al menos en eso no había cambiado: aún no soportaba estar en la misma habitación que él por más de cinco minutos.

—¿Quién lo dejó entrar? Pedí expresamente que nadie nos molestara.

—No sabía —se disculpó, retrocediendo—. Vine a ver a Whitman.

Se dijo que lo mejor que podía hacer era marcharse, y aunque una parte de él habría preferido no tener que regresar, la otra optó por volver otro día, en otro momento y a poder ser, cuando Whitman le hubiera confirmado que podía recibirlo.

Ella pareció darse cuenta de que su actitud no era la indicada y relajó la expresión. De la manera más forzada que hubiera visto jamás.

—Simon no está en casa. ¿Graham no se lo dijo?

—No. Supongo que le pareció bien que lo esperara.

—Simon está en Staffordshire. Surgió un problema con las minas y tuvo que ir en persona a resolverlo. No creo que regrese hasta dentro de unos días.

—Entiendo. Dígale por favor que me escriba cuando pueda recibirme.

Hizo una reverencia, listo para marcharse, pero ella se lo impidió.

—Debe estar exhausto por el calor que hace afuera —señaló ella—, espere por favor.

Tristan se quedó donde estaba, como si en lugar de hacerle una petición le hubiera dado una orden y la vio hacer. Primero tiró de la campana dos veces mientras cubría la cabeza del bebé con la otra mano. Estaba inclinada para no necesitar sostenerlo, en una pose tan extraña que estuvo tentado a reír.

Seguía descalza y una parte del camisón —o lo que fuera que llevara encima— se había arremolinado hasta dejar en evidencia sus rodillas.

Retiró la vista de allí, reprendiéndose por su indiscreción, y una doncella entró apurada. Margot le hizo una señal para que guardara silencio y lo señaló a él, después a sí misma y por último al bebé, y la muchacha se fue a la misma velocidad a la que llegó.

—Tome asiento, por favor. Nos traerán té. Negro con leche, ¿verdad?

—Sí.

La obedeció y se sentó frente a ella.

Si la situación era incómoda —ella en ropa de dormir, descalza y despeinada, con una criatura en brazos y marcas de cojín en el cuello—, se tornó aún más extraña cuando una niña entró corriendo, en silencio, y le puso una bata sobre los hombros, le alzó unos escaarpines y le anudó el cabello en un moño bastante improvisado, y todo esto en un par de minutos y sin que soltara a la criatura que llevaba en brazos.

¿Sería suya?

No estaba al tanto de que se hubiera casado, y aunque siempre había demostrado que ser *extravagante* era algo de lo que estaba más orgullosa de lo que cualquiera se podría avergonzar jamás, era lo suficientemente bonita para que alguien pasara sus defectos por alto.

Aunque a él solían divertirle de lo lindo.

Por eso no le sorprendía en lo absoluto que también hubiera optado por cuidar de su retoño ella misma en lugar de entregarlo a una nodriza o a quienquiera que se le debiera encomendar el cuidado de un

¿Cómo sería el afortunado? o mejor aún: ¿por qué estaba en casa de su hermano y no en la suya? No estaba seguro de cómo lucía un recién nacido, pero por lo pequeño que era el bulto que tenía en brazos, quizás era el caso. ¿Era niño o niña? ¿cómo se podía saber eso?

—Está por cumplir los diez días de nacido —dijo.

—¿Es un niño?

—Lo es. Se llama Victor.

Su rostro se iluminó cuando habló, y Tristan comprendió que la maternidad obraba milagros y ella era uno de ellos.

—¿Quiere que me lo lleve ya?

La pequeña estaba de pie a su lado, con las manos en el regazo y la mirada solemne puesta en la criatura.

—He intentado un par de veces dejarlo en manos de alguien más, pero cada vez que lo intento empieza a llorar —se lamentó.

—Debe de ser incómodo estar así —señaló él con medida.

—No tanto como lo sería escucharlo berrear —sonrió—. Grita como pocos. Un Whitman de pies a cabeza.

Tristan no le encontró parecido ni a los Whitman ni a nadie, pero se cuidó de decirlo, pero confirmó qué sangre llevaba por las venas cuando Margot lo bajó de su pecho y se acomodó la bata —para alivio suyo— y el bebé empezó a gritar. Fue apenas un segundo el que lo alejó de

ella, pero bastó para que se echara a llorar como nunca creyó que algo tan pequeño podría.

—Tranquilo, Vic —susurró—. Duerme, no puedes despertar a nadie, ¿recuerdas?

Como si hubiera comprendido lo que le dijo, suspiró y se acomodó en sus brazos de nuevo.

—Pasamos una noche complicada —le explicó en voz baja—. Anette, la menor, se cayó de las escaleras hace unos días. Está aprendiendo a andar, no parecía nada grave, pero anoche tuvo mucha fiebre, incluso mandamos a llamar al médico, y no fue sino hasta bien entrada la madrugada que le bajó y pudimos irnos todas a la cama, pero Amber está exhausta y las niñas también. Nuestras habitaciones están demasiado cerca como para despertarla si él llora, así que preferimos venir a tomar la siesta aquí. Por eso estoy así.

—¿No es grave lo que tiene la niña?

—Por fortuna fue solo desde el tercer escalón, pero nos asustamos bastante. Ya está bien, de hecho, me atrevo a pensar que en cualquier momento la escucharemos pegar de gritos porque quiere jugar con las gemelas.

Llegó el carrito del té y les sirvieron. Margot se limitó a unas galletas de avena, mientras que sostenía al bebé con una sola mano. Por la facilidad con la que lo hacía, nadie diría que era su primer hijo.

—Simon tiene tres hijas y Cassie dos, con eso, aprendes pronto a tratar con bebés y niños —le explicó—. También que es entretenido cuidar de ellos.

—Nunca imaginé que tendrías instinto maternal.

—Yo tampoco. De hecho, creía que los niños no me gustaban porque Leo es bastante molesta cuando quiere, pero descubrí que los que no son ella sí me agradan.

Hablaba con tanta seguridad, sin desviar la mirada y manteniendo un tono cordial y Tristan no pudo sino sorprenderse de lo distinta que era la mujer que tenía frente a él de la chiquilla que dejó de ver hacía cinco años.

—Estuve en Londres hace un tiempo, apenas un día, para resolver unos asuntos, y estuve de visita, pero no estabas. Me habría gustado verte.

A mí también —admitió ella con una sonrisa—. Era mi primera salida a Hyde Park como

debutante.

—Creo que lady Amber mencionó algo al respecto. ¿Cómo fue?

—Un desastre —se sinceró—. De haber sabido, no habría ido.

—¿Que sería un desastre?

—Que vendrías. ¿Cómo has estado?

Pensó en ser honesto y responder que bastante mal, que extrañaba Inglaterra y que se sentía solo. Que lo único que deseaba era volver para sentirse en casa, parte de algo, que a pesar de lo mal que ahora le sabía la comida inglesa, de lo mucho que le desagradara el olor de las calles que no fueran Belgravia o los barrios ricos y lo mucho que extrañara ver días más soleados, no podía imaginarse en otro sitio.

«Me siento solo».

Y aun así, a pesar de todo lo que tenía y *quería decir*, de que en el fondo, muy en el fondo, se moría por ser comprendido, acabó respondiendo algo muy distinto.

—Estoy bien. La vida del viajero es... *interesante*.

—Puedo suponerlo. Antes de mi debut decidí que no quería hacerlo. Me daba terror enfrentarme a la adultez y a la aristocracia, y a que Simon me casara con alguien a quien yo no quisiera, y amenacé a Simon con irme muy lejos si seguía insistiendo.

—¿Lejos? —Eso sí sonaba como ella—, ¿a dónde?

—No lo sé bien. Acababa de llegar una carta suya, estaba en Portugal, creo, y se me ocurrió seguirlo.

—Pero no lo hizo —la señaló—, ¿cómo la convenció Simon?

—No lo hizo él. Fue Amber, como siempre, la que me prometió que no permitiría que Simon no me escuchara.

—¿Cumplió su promesa?

—Amber nunca me defraudaría.

Había tanta admiración y agradecimiento en su voz que no le cupo dudas de que todos los cambios positivos que había visto o leído se debían a ella.

—Nunca pensé que llegaría el día en que lo vería convertido en un hombre de familia, pero milady consiguió lo imposible.

—Yo tampoco creí que fuera posible, pero supongo que no hay nada que un hombre enamorado no sea capaz de conseguir.

—Incluso convertir en bueno al mismísimo Diablo.

—Incluso eso.

Se hizo un silencio bastante largo en el que Tristan aprovechó para fijarse en ella una vez más. No solo había cambiado su actitud y sus maneras, también el tono de su voz era más maduro. De sus facciones aniñadas y rostro regordete ya no quedaba nada. De no haber sido por sus ojos verdes —que compartían los cuatro hermanos—, la melena oscura y esa vena rebelde que se le notaba a pesar de su porte aristocrático, no la habría reconocido.

—A Simon le habría gustado verlo. Creo que lo ha extrañado.

—Puedo creerlo, pero me atrevo a pensar que lady Amber lo ha vigilado para que no se meta en problemas.

—Le sorprendería ver lo distinto que es el Simon de ahora del Simon que pasaba días enteros sin volver a casa.

—Supongo que todos cambian.

—Incluso quienes aseguran que nunca se casarán pueden cambiar de opinión si se enamoran de la persona correcta.

—Siempre que esa persona no sea la esposa de alguien más —añadió con amargura.

No fue su intención decirlo, pero al parecer, no fue solo un pensamiento fugaz.

—¿Puedo notar que tiene una opinión negativa de eso, ¿no?

—¿Y usted?

—No soy quién para juzgar la manera en la que los demás viven su vida siempre que no le hagan daño a nadie. No todos tenemos la suerte de elegir a quién unimos nuestras vidas, sir Tristan.

Pero sí que hace daño.

Que lo aspasen si no lo sabía él.

—Tengo que irme —se puso de pie.

—¿Tan pronto?

—No quisiera molestaros más. Espero que la pequeña se mejore pronto. Os visitaré cuando Simon regrese.

—Pero...

—Debería descansar usted también, creo que lo necesita.

Se acercó a ella y le acarició la cabeza al bebé.

Al final, incluso la revoltosa de Margot había encontrado su lugar en el mundo.

Capítulo 5

En cuanto puso a Victor en los brazos de su madre, salió corriendo a encerrarse en su habitación, intentando ahogar todas las maldiciones que el picaban en la lengua desde que sir Tristan se hubiera marchado hacía unas horas.

Le parecía una cruel jugarreta del destino el haber pasado las últimas semanas pegada a la ventana, con sus mejores vestidos y a la espera de verlo cruzar la puerta, y que este hubiera decidido llegar en el peor momento: cuando estaba despeinada, sin asear, con ropa de dormir y oliendo a vómito de bebé.

¿Podía ser todo más injusto?

Había soñado con su reencuentro por muchísimo tiempo. Estaba planificado al dedillo lo que haría cuando se volvieran a ver, sus sonrisas ensayadas, una caída de pestañas y la manera en la que usaría todos sus conocimientos sobre conquistar a un caballero para llegar a él y conseguir lo que deseaba: que se enamorara de ella como Margot lo había hecho desde que recordaba.

Pero a ella nada le salía bien, y en lugar de encontrarse con una mujer hecha y derecha, capaz de ser la esposa perfecta y la mujer con la que podría ser feliz, vio a *alguien* que distaba mucho de ser la dama elegante que se esperaba para ser la esposa de un futuro barón.

¡Ni siquiera llevaba su mejor camión! Ese era... era el más cómodo y viejo, ya ni siquiera tenía mangas y le quedaba corto.

Se lanzó a la cama y empezó a patallar, tal como lo hacían sus sobrinas, pero no le sirvió de mucho porque la frustración seguía allí. Tantos momentos para que Anette se enfermara, las niñas no pudieran dormir y Victor la eligiera como sustituta de su madre en lugar de a la nodriza, y corría el día en que él llegaba.

Los siguientes tres días los pasó en ese mismo estado, rumiando una rabia y una frustración que no podía dirigir a nadie y desechando mil planes para volver a enfrentarse a él.

Lo que más deseaba en el mundo era ser correspondida, pero, ¿cómo podía conseguirlo si esa segunda primera impresión era tan mala?

Para un hombre renuente al matrimonio como lo era él —una vez incluso lo escuchó afirmar que no se casaría jamás—, la Margot desaliñada que encontró solo podía ser alguien de quien alejarse, y no podía permitirlo.

Le escribió a la única persona que escuchaba sus desvaríos y no pudo visitarla porque sus hermanos menores estaban enfermos y en cama, y tampoco podía visitarla porque podía enfermar, y porque si Tristan llegaba y ella no estaba, no lo soportaría más.

Lo bueno de eso era que no tendría que darle demasiadas explicaciones, al menos no hasta que no tuviera un plan listo para poner en marcha.

—Lamento que tuvieras que cancelar que rechazar tantas invitaciones por nuestra culpa, debiste hacerme caso e irte unos días con Cassie, ella estaría más que encantada de recibirte unos días.

—Lo sé, pero no podía ni quería dejaros solas. Vic está muy pequeño aún y tú estás débil —la tomó de las manos y le besó una mejilla—. Tengo que cuidar muy bien de ti.

—¿Es por eso o porque sir Tristan está en la ciudad? —levantó una ceja—. Graham me dijo que estuvo aquí hace unos días. Cuando Anette enfermó.

—Es un cotilla —gruñó—. ¿Qué te dijo?

—Que estuvo aquí, que lo recibiste y que demoró una media hora en marcharse.

—Pues eso es todo.

—¿Eso es todo? ¿No sentiste nada al volver a verlo?

Escondió el rostro en las manos, como si con eso pudiera mitigar la vergüenza, o si con eso su cuñada dejaría el tema por la paz. Pero Amber no era así, y de hecho, a veces la vida de casada era tan aburrida que se interesaba en los cotilleos que circulaban en los salones, y a falta de poder salir por haber dado a luz hacía poco —además de que hacía meses que no se dejaba ver en sociedad por el avanzado estado de su preñez—, Margot era su mayor fuente de información, y al parecer, ahora también de entretenimiento.

—Es mucho más atractivo de lo que recordaba —se sinceró.

—Si Tristan siempre fue uno de los hombres más atractivos de la aristocracia, así que no

puedo imaginar que pueda verse aún mejor que antes. ¿Te dijo algo interesante? ¿ Te invitó a dar un paseo?

—No. Y lo prefiero así.

—¿Ya no estás interesada en él?

Margot se puso de pie y empezó a caminar en círculos. No sabiendo cómo explicarse.

—Quiero casarme con él, ahora estoy segura.

—¿No te gustaría que Simon intervenga?

—No, Amber. quiero casarme con él pero también que *él quiera casarse conmigo*.

—¿Pretendes enamorarlo?

—Sí. Él se va a enamorar de mí y querrá casarse conmigo, te lo aseguro.

—¿Cómo lo conseguirás? ¿Necesitas ayuda?

—Aún no sé cómo, pero lo lograré. Lo lograré o dejo de llamarme Margot Elizabeth Whitman.

A lo mejor era un buen momento para buscarse otro nombre. Al fin y al cabo, *Margot* nunca había terminado de gustarle. De haber podido elegir, se llamaría Victoria o Joane.

Había pasado una semana y no solo no había llegado a una conclusión sobre cómo llegar al corazón de Tristan, sino que tampoco lo había vuelto a ver. Simon, que regresó hacía cinco días, le escribió para hacerle saber que estaba en la ciudad de nuevo, pero no recibió respuesta.

¿Lo estaba evitando o solo tenía demasiadas ocupaciones? Amber aseguraba que era lo segundo, y en más de una ocasión, el mismo Simon dijo que seguramente encontró un desastre mayor del que esperaba, pero a ella le daba la impresión de que lo había asustado. ¡Y ni siquiera

se le había insinuado!

Esa noche asistiría a un baile. No estaba de ánimo para socializar, pero no podía seguir valiéndose de las mismas excusas si no quería que Simon se diera cuenta de que algo andaba mal.

Se detuvo frente al espejo cuando estaba por salir de la habitación. Amber la ayudó a elegir el vestido de esa noche, con la excusa de *por si necesitas impresionar a alguien*.

No era de los que usaba con frecuencia porque era demasiado llamativo y sofisticado. De hecho, ni siquiera terminaba de parecer algo que una debutante o mujer soltera debiera usar, tanto por su color (un verde algo oscuro), las mangas mucho menos discretas de lo que debería, y la parte superior se ceñía a ella como un guante.

—En realidad, soy muy bonita —murmuró.

Salió de la habitación y se encontró a Amber en el corredor, que le dio un apretón de manos para infundirle aliento y murmuró algo que sonaba a *tú puedes*.

Amber pasaría al menos un par de meses antes de poder reincorporarse a la vida social. Podía hacerlo antes, pero Simon tenía en mente que debía guardar reposo toda la temporada.

—Te compré algo para tu cumpleaños, pero Amber insistió en que lo usaras hoy —murmuró Simon cuando Margot estaba en el último escalón—. ¿Es por una razón en especial? ¿Debo de preocuparme por ti?

—¿Preocuparte? ¡Pero si nunca doy problemas!

—Es lo que tú crees —gruñó—. ¿Lo quieres o no?

Le entregó una caja de terciopelo roja y en ella había un juego de pendientes de topacios de un azul espeso y transparente.

—¿Estás seguro de que no es un regalo para Amber?

—Hace poco adquirí una propiedad en Devon, y en ella hay una mina de topacios. Será difícil explotarla, pero... estos son los primeros.

Los pendientes tenían forma de gota, al igual que el topacio en el centro de la gargantilla, y

estaban hechos de un oro blanco casi plateado.

—¿Entonces por qué me los das a mí? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Quiero que todo el mundo los vea. necesito socios para este negocio, así que serán tuyos si cada vez que te pregunten, dices que provienen de una mina sin explotar que le pertenece a tu querido hermano.

—Veo que eres todo un hombre de negocios, Simon —sonrió y se giró para que le pusiera la gargantilla en el cuello y para quitarse el collar de perlas que iba a llevar esa noche

—Intentaré bailar contigo —murmuró.

Salieron de la casa tomados del brazo. Simon parecía tenso, en ese estado de alerta en el que solía permanecer cada noche que le tocaba acompañarla a un evento social. Parecía disgustarle estar entre tanta gente. O tal vez solo odiaba tener que ser su guardián.

Su hermano había cambiado mucho en los últimos años. De hecho, quizás esa era la principal razón por la que adoraba a Amber. Gracias a ella su hermano era otro, un mejor hombre, un gran padre y en general, una persona amable con la que valía la pena pasar tiempo. Era tan distinto al Simon que solía ser, que le gruñía a todo el mundo que se le acercara de puertas para adentro, que pasaba días enteros desaparecido y siempre discutía con Cassie y parecía odiarlas.

De no ser por esos detalles y certezas, habría interpretado su incomodidad y mal humor a lo mucho que odiaba estar con ella. A su teoría también ayudaba el hecho de que todas y cada una de las veces que un caballero pidió su mano él le preguntó qué respuesta dar.

—Tenerte en casa no es tan molesto como creí en un principio —le dijo una vez—. Además, Cassandra también quiere pasar tiempo contigo. Cuando nos desesperemos de vernos las caras, puedes irte con ella.

No era bueno con las palabras (a menos que fueran para Amber), pero sus actos hablaban por él.

Fueron anunciados tras esperar diez minutos, y a diferencia de cómo solía ocurrir durante su primera temporada, la atención en ella no estuvo más de algunos minutos. Algo que en el fondo, ella agradecía.

Simon era un bailarín excepcional, y reclamarle a ella la primera pieza implicaba tener que

bailar con más damas. aun así, reservó una cuadrilla.

—No me des problema esta noche. Por favor.

—Nunca te los doy.

Simon bufó.

—Y no desaparezcas.

Fue su turno de reír.

—Nunca lo hago.

—Hablo en serio, Margot. Hoy te ves... *diferente*. He visto al menos a dos tipejos que no te quitan los ojos de encima. *No vayas sola a ningún sitio*. Si yo no puedo estar contigo, la señora Foster debe de estar por allí, o ve con los Smith.

En uno de esos giros del baile, se fijó en que el capitán Murdoch tenía la mirada fija en ell|a, y decidió, por una vez en la vida, que le haría caso a Simon. El capitán era el único pretendiente del que de verdad debía huir si no quería acabar en problemas. era la clase de hombre que sería capaz de todo con tal de conseguir lo que quería, y eso, aunque no estaba de todo segura, podría incluirla a ella.

—Te lo prometo. No me alejaré de aquí por ningún motivo|.

Su hermano la conocía lo suficiente para saber cuándo era honesta y cuándo no, y debió decidir que sería fiel a su palabra, porque suspiró cuando salieron de la pista.

La siguiente media hora, Margot la pasó pegada a su hermana Cassandra, que la había ayudado a rechazar un par de piezas para que tuviera unos minutos de tranquilidad.

Estaba demasiado ansiosa como para disfrutar de la velada y del hecho de que se veía más bonita de lo normal. Además, Tristan no había dado señales de vida desde aquel día.

—Sir Tristan Hartley.

En cuanto fue anunciado, los murmullos iniciaron, y aumentaron cuando bajó los tres escalones que lo separaban de los anfitriones y los saludó.

Escuchó que alguien a su lado hablaba, pero fue incapaz de prestar atención a otra cosa que no fuera él.

Él luciendo increíblemente apuesto en un traje azul de tres piezas, con el cabello peinado hacia un lado y más imponente de lo que había visto jamás.

Capítulo 7

Andrew Ferguson era la única razón por la que aceptó hacer una aparición en sociedad a tan poco tiempo de su regreso. Habían hecho juntos buena parte del regreso a Inglaterra y, al ver que tenían bastantes cosas en común, trabaron una buena amistad.

La clase de amistad que une a dos caballeros a invitarse a tragos en el club, visitarse de vez en cuando en el receso de la temporada o ir de caza.

O, como era en este caso, a asistir a la fiesta de bienvenida que su familia le organizó.

Cuando llegó la invitación supo que debía de hacer un esfuerzo enorme para conservar esa amistad, pues el joven Ferguson le inspiraba lo que pocas personas de su círculo: verdadera simpatía.

Así que allí estaba, llegando tarde a la fiesta en casa de sus padres sin saber muy bien cómo soportaría la noche.

En cuanto fue anunciado, los murmullos aumentaron. Sabía que era una jugada arriesgada y que al viejo no le haría ninguna gracia, pero Tristan no estaba de ánimos para verlo. Esa había sido, quizá, la parte más maravillosa de haberse largado de Inglaterra años atrás: no tendrían que verse las caras seguido.

Saludó a los Ferguson y a Andrew y se adentró en el salón. Echó un vistazo discreto, buscando un rostro conocido o alguien a quien pudiera acercarse y lo mantuviera a salvo de los peligros —en especial de las madres casamenteras, que no se detendrían hasta que sacara a bailar a alguna de sus hijas—, pero la mayoría de personas no era de su agrado.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Cassandra Remington asomó la cabeza de entre la multitud y le hizo una señal imperceptible para que se acercara.

—¡Mi querida señora Remington! —besó su mano—. Qué enorme gusto me da volver a verla.

—Sir Tristan. Se ve que vivir en el extranjero lo ha tratado bien.

Tristan saludó a las otras damas que estaban con ella: la condesa de Gladstone (hermana de lady Amber), la marquesa viuda de Webster, la señora Foster (madrina de Cassandra) y... ¿Margot?

Si la primera vez que la vio después de cinco años fue impactante, en esta segunda ocasión se quedó sin habla. No solo porque dejaba en evidencia que era una mujer mucho más bonita de lo que creyó que sería, sino porque ahora la veía como *una mujer de verdad*.

Una capaz de robarse las miradas de los presentes, una capaz de despertar en cualquiera los deseos y anhelos más profundos.

Retrocedió al darse cuenta de que podían también ser los suyos.

Al darse cuenta de que se quedó mudo, carraspeó. ¿Cómo debía llamarla? ¿Señora? ¿Milady?

—Bellas damas —hizo una reverencia.

—Sir Tristan —le ofreció su mano la marquesa—. No sabía que ya contábamos con su presencia en la ciudad.

—Llegué hace apenas un par de semanas y he tenido muchas cosas que resolver.

—Lo imagino. Su padre debe de estar encantado de su regreso.

—Es lo que dicen —sonrió, tenso.

Margot permaneció al margen de la conversación un buen rato, pero Tristan no podía quitarle los ojos de encima. Los colores oscuros destinados a las mujeres casadas le sentaban mucho mejor de lo que lo hicieron los claros cuando estaba soltera. Era una preciosidad.

—Esperaba que nos visitara pronto, sir Tristan —se quejó Cassandra—. Creo que a James le dará mucho gusto verlo.

—Sir Tristan debe de estar ocupado como para hacer visitas. Como mucho habrá ido a saludar a mi cuñado —dijo lady Gladstone.

—De hecho, solo he tenido tiempo para ir en una ocasión, pero Whitman no estaba.

—Es verdad —chasqueó la lengua—. Estaba en las minas o algo así.

—Debería verlo interactuando con niños. Se convierte en otra persona. Con mis sobrinos es muy amoroso.

—A Victor ya lo conocí —interrumpió.

—¿Es verdad?

—Sí. Estuvo en casa el otro día.

—Es el sobrino favorito de Leo.

—El o la favorita de Leonor será quien menos ruido haga. Hace tiempo fue Aurora. Pero Daisy y Amelie, Antoine y Aurora también lo fueron.

—Antoine y Aurora son mis hijos —explicó Cassandra. ¿Verdad que Victor se parece mucho a su padre?

¿A su padre? ¿Y él qué iba a saber de su padre? Además, el niño no se parecía ni a nada ni a nadie que hubiera visto antes. de eso era de lo único que estaba seguro.

—Supongo que se parecen un poco —convino—. Aunque tal vez sea mejor que se parezca a su madre.

—Eso es verdad —secundó lady Gladstone—. Mientras no se parezcan con ese mal carácter creo que basta.

Todas volvieron a asentir a la vez.

¿El padre tenía mal carácter? ¿Por qué se casó Margot con él? ¿Si ella tampoco era fácil de tratar!

—Sir Tristan —llamó Cassandra—, ¿va a bailar esta noche?

Titubeó antes de responder. No quería empezar la noche teniendo que explicar que prefería ahorrarse el paripé de hombre soltero y correcto, cuando la realidad era que no tenía planeado casarse ni ahora ni nunca. La señora Foster y lady Webster eran dos mujeres experimentadas y que conocían los tejemanejes de la alta sociedad, y si declaraba su intención de ser un no casable, ellas duplicarían sus esfuerzos para convencerlo de las ventajas de tener una esposa, y de lo importante que era eso para un aristócrata.

—No sabría con quién hacerlo o cómo presentarme.

—Es lo de menos —convino la señora Foster—. Lo importante es elegir bien a la primera compañera de baile, con quien abrirá la pista. Las demás llegarán solas y usted tendrá para elegir.

—Lo importante es la primera —murmuró—. ¿Alguna sugerencia?

Como si esa hubiera sido la pregunta que estaban esperando, las dos mujeres se giraron a la vez y tomaron a Margot del brazo para ponerla frente a él. Parecía sorprendida, pero antes de que alguno de los dos pudiera reaccionar, las damas estaban escribiendo su nombre en su... ¿carnet de baile?

—El vals es un buen inicio. Es su única pieza disponible.

La pausa entre un baile y otro estaba llegando a su fin, y ambos fueron casi empujados a la pista.

—Hacen una bellísima pareja —escuchó que decía alguien. Tal vez lady Gladstone.

Con Margot de su brazo, caminaron hasta una posición casi en el centro de la pista y esperaron a que los músicos entonaran la siguiente melodía.

Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza cuando puso una mano en su cintura y la tuvo que pegar a su cuerpo, siempre dentro de los límites del decoro.

—Simon regresó a la ciudad hace unos días. No sé si se lo dijo.

—Aún no he podido visitarlo. Lo haré mañana o pasado mañana.

—Se pondrá muy feliz de verlo. Aunque si quisiera, podría saludarlo hoy mismo.

Se hizo un incómodo silencio mientras giraban alrededor de la pista.

—¿Está aquí?

—Por supuesto. No estaba muy feliz de venir, pero decidió que valía la pena hacer el esfuerzo por mí.

¿Por ella?

—¿Dónde está?

—En alguna esquina, vigilándome para que no me meta en problemas.

—¿Aún te metes en problemas?

—Más de lo que debería pero menos de los que quisiera. Aunque Simon teme que haga algo terrible en cualquier momento.

—¿No es el caso?

—Ya maduré —le sonrió—. Ahora me sé comportar.

Y con toda probabilidad, también portarse mal.

Sacudió la cabeza, asustado por sus propios pensamientos. ¿A él qué más le importaba nada de eso? Era asunto de su esposo, no de él.

Quizá después de todo sí que le gustaba flagelarse, porque ahogando un suspiro frustrado, decidió que no se quejaría más respecto a tenerla entre sus brazos.

Continuaron bailando en silencio hasta que la pieza terminó.

—¿Puedo decirle algo?

Estaban regresando a la esquina desde donde Cassandra y las otras damas los veían, y entonces, antes de que pudiera escucharlo alguien más, lo soltó:

—Estás preciosa.

La dejó junto a las damas y se despidió con la excusa de saludar a algunas personas.

Lo hizo, en efecto. Pasó la siguiente media hora charlando con algunos grupos de caballeros, cuidando de no acercarse demasiado a las matronas.

En ese tiempo, procuró no girarse ni una vez a donde estaban las hermanas. ¿Qué había sido eso?

Podía interpretarse como un cumplido, pero muy en el fondo, él sabía que había algo más. Era extraño que la encontrara tan bella, y no porque no lo fuera, sino porque era la hermanita de su

mejor amigo, porque la conoció siendo una niña y siempre había sabido que debía protegerla, pero le costaba tanto asociar la imagen de la Margot de antaño con la que estaba ahora en esa casa, que no sabía cómo reaccionar.

—Lo mejor será que me largue de aquí —siseó.

Buscó con la mirada a Ferguson para despedirse, cuando vio a Margot parapetada tras una columna, hablando con un hombre al que no pudo reconocer. Supuso que era su marido, pero incluso aunque lo fuera, ella estaba tan tensa que incluso él pudo darse cuenta.

Se acercó en silencio, aprovechando que todos tenían su atención puesta en una tal señorita Smith, y pegó la oreja tanto como pudo, sabiendo que meterse en asuntos de pareja era una pésima idea.

El hombre parecía estar borracho.

—Es que tenemos que hablar, Margot.

—Ya dije que no.

—Dije que tenemos que hablar —siseó en tono amenazante—. Salgamos a hablar en privado.

—No quiero. No iré a ninguna parte fuera de este salón y menos con usted.

—No me hagas enfadar.

—Entonces deje de comportarse de esa manera. Si se enfada es su asunto, no mío.

—Es asunto mío desde que decides evitarme para ir detrás de cualquier tipejo recién aparecido. ¿Crees que no me di cuenta de cómo lo veías? Te comportas como una furcia frente a mí ¡y quieres que no me enoje! No me provoques.

La asió de la muñeca con fuerza, tanta que Margot ahogó un chillido.

Si alguien le hubiera dicho en algún momento que vería a Margot tener miedo, no lo habría creído jamás, pero al parecer, ese hombre era lo suficientemente violento como para asustarla a la más temeraria.

¿Cómo fue que acabó casada con alguien así?

Fuera la respuesta que fuera y aunque se metiera en mil problemas y rumores, no podía quedarse quieto mientras una escena así se volvía a desarrollar frente a sus ojos. Avanzó hasta donde estaban ellos, pero antes de que pudiera intervenir con cualquier excusa, Simon Whitman apareció.

—Llevo un buen rato buscándote.

El borracho no pareció reconocerlo en primera instancia, y quizá si hubiera sido alguien más, se le habría lanzado encima, pero la mirada furiosa de Whitman era capaz de intimidar a cualquiera, así que en cuanto la soltó, la tomó él del otro brazo y siseó.

—Nos vamos ya.

Capítulo 8

Ni en sus sueños más locos Tristan habría creído que algo como lo ocurrido la noche anterior en casa de los Ferguson podría quitarle el sueño. Sin embargo, allí estaba, sentado frente a la ventana de la recámara de visitas, observando el amanecer.

No había podido descansar ni un poco porque cada vez que cerraba los ojos, lo único que podía ver era la mirada asustada de Margot y la rabia de Simon cuando se la llevó de allí. Parecía tan habituado a lidiar con situaciones como esas que se preguntó, con horror, ¿de cuántas cosas más la había salvado?

Con un esposo así, no le extrañaba que Margot estuviera en casa de su hermano en lugar de en la de su esposo.

La idea de que corriera algún tipo de peligro no lo dejó en paz ni un solo momento de esa madrugada, pero sabía que, con independencia de los motivos por los que la situación de Margot lo preocupara, no podía solo apersonarse en casa de los Whitman antes de la hora del desayuno. Antes, cuando estaba soltero, aquello no solo era viable sino también su deber: buscar la manera en la que pudiera estar al pendiente tanto de él como de las niñas. Ver cómo estaba Whitman era su excusa para cuidar de ellas. No había nadie más y quien estaba a cargo era Cassie, pero ahora, con lady Amber como la señora de la casa, no podría entrometerse en el funcionamiento de todo.

Además, por lo que sabía, Whitman estaba cumpliendo su rol de cabeza de familia.

Esperó a que fuera una hora apta para visitas y se presentó en la casa.

La misma sensación de nostalgia lo invadió a medida que cruzaba los corredores y se reunía con él.

No sabía qué esperaba encontrar cuando Graham abrió la puerta de su despacho, pero definitivamente a él sentado en el suelo con los ojos vendados y tres niñas corriendo a su alrededor no se le habría cruzado por la mente.

Se quedó de pie allí sin saber qué hacer, pero una de ellas —la más pequeña— notó su presencia y se le acercó. Las otras dos lo hicieron también.

—¿Quién eres?

—¿Qué?

—¿Quién eres? No te conozco.

Whitman se quitó la venda y se puso de pie cuando lo reconoció. Le sonrió y se hizo un lugar al lado de las niñas. Era increíble el parecido. Los mismos ojos.

—Es el tío Tristan —les susurró, acucillado—. Saludadlo, o pensará que no os he educado bien.

—Encantada de conocerlo, tío —Hizo una reverencia una de las gemelas—. Soy Amelie, la mayor. Ella es Daisy y ella es Anette.

Las otras dos niñas también lo saludaron con una reverencia y Whitman se palmeó las piernas, orgulloso.

—Tristan Hartley, a vuestros pies, señoritas.

—Ya sabemos quién eres. Papi nos ha hablado de ti y mis tías también —respondió Daisy—. ¿Nos trajiste regalos? Tío Jamie siempre nos trae algo cuando no lo vemos en mucho tiempo.

Le lanzó una mirada de auxilio a Simon, que contenía una carcajada a duras penas. ¿Qué se supone que respondía a eso?

—Tío Tristan vino a hablar algo muy importante conmigo. Iros con la señorita Brown y procurad no molestar a vuestra madre.

La señorita Brown estaba ya en la puerta y solo esperó a que las niñas se despidieran de su padre con un beso y de Tristan entre balbuceos y se las llevó.

—Un día de estos me van a matar —se quejó él, dejándose caer en un sofá—. Cada vez que Remington y Cassandra se van de viaje les traen algo. Cualquier chuchería bastará.

—¿Son tus hijas?

—¿Tú qué crees? —enarcó una ceja—. ¿No son preciosas? Ojalá no crezcan nunca. La experiencia de casar a dos hermanas es algo que preferiría no repetir nunca.

—Y falta Leonor.

—Presiento que no me dará tantos problemas. Si Julian se interesa en ella, la mitad del trabajo está hecho.

—¿Julian?

—Julian Clermont. El menor de los nietos del duque. Es solo dos años mayor que ella y parecen llevarse bastante bien.

—¿La dejarías casarse con un Clermont?

—Con ese sí. Me entenderás cuando lo conozcas. Es un prodigio.

Whitman se desperezó en el sofá antes de ponerse de pie y sacudirse la ropa. Solo entonces le dio un sentido abrazo y se separó de él.

—Bienvenido, amigo.

En silencio, se vieron por un rato.

Simon Whitman parecía el mismo por fuera (salvo un par de arrugas en la comisura de los labios y el entrecejo, señal inequívoca de lo mucho que sonreía y se enfadaba ahora), pero por dentro no parecía el mismo hombre que dejó en Londres a apenas un par de meses de su matrimonio.

Tristan tampoco era el mismo, pero no quería pensar en ello por lo que aceptarlo implicaba. En cambio, permaneció impávido a que Whitman terminara su examen.

—Es verdad lo que dicen.

—¿Qué dicen?

—Que te ves mejor. El extranjero te sentó bien.

Se rio.

—Tú tampoco pareces el mismo.

—Ser padre te cambia la vida —apostilló—. ¿Quieres beber algo? ¿Ya desayunaste?

—Ya.

—Pues yo sí necesito un whisky.

Sirvió para ambos y le ofreció asiento.

Los primeros diez minutos corrieron en un cómodo silencio en el que Tristan se dio cuenta de algo: Simon Whitman era como el hermano que nunca tuvo y aunque estuvo bien todo ese tiempo lejos, de alguna manera, le hacía falta.

Era su familia.

—Margot me dijo que estuviste aquí el otro día. Lamento no haber estado, pero tuve que ir a ver las minas.

—Todo un hombre responsable, ¿no?

—Tengo cuatro hijos y dos hermanas que dependen de mí —bufó—. ¿Sabes si Anne Rose hará una fiesta para celebrar tu regreso? Están muy de moda.

—Lo dudo, y preferiría que no la hubiera. Eso sería casi como salir a la calle con un letrero que diga «se busca esposa».

—Sigues pensando lo mismo.

—No voy a cambiar de parecer. El matrimonio está descartado en cualquier escenario.

—Lo que digas —le restó importancia—. ¿Has estado bien?

Simon Whitman era la única persona que conocía todas y cada una de las razones por las que se marchó de manera tan intempestiva cinco meses atrás.

Se le hizo un nudo en la garganta porque en la mirada de su amigo había algo que jamás encontró en la de su padre o hermana: comprensión.

No se consideraba sentimental y mucho menos alguien sensible, pero por primera vez se dio cuenta de lo solo que estaba y de lo poco que eso le gustaba.

—Lo que tiene irte lejos es que te ayuda a pensar con la cabeza fría. La verdad es que habría preferido no regresar jamás, pero vivir rodeado de extraños tampoco era ya una opción.

—¿Vuelves para quedarte? ¿para vengarte?

—Vuelvo para no dejarme pisotear —repuso—. Además, la gente que me importa está aquí.

—¿Estoy entre esas personas?

Simon hizo un puchero que le recordó a las niñas que acababan de salir.

—Eres mi único amigo —se encogió de hombros—, si no eres tú, ¿entonces quién?

Simon volvió a reír.

Al parecer, ahora lo hacía mucho.

—¿Qué harás ahora?

—La verdad es que no lo sé. Me embarqué de regreso como un impulso, pero no pensé en nada más hasta que llegué al puerto —sacudió la cabeza—. Pero ya no hablemos de mí, ¿cómo has estado tú?

Whitman se aflojó la corbata y se recostó en los cojines acolchados del sofá. Parecía relajado.

—La vida me trata bastante bien. Tengo una esposa estupenda y amorosa, cuatro hijos que me adoran, la relación con mis hermanas ha mejorado, soy el tío favorito de mis sobrinos, los negocios van bien y si las cosas siguen así, podré cubrir la dote de Leonor y comprar esta casa.

La mención a sus hermanas lo llevó justo a donde quería.

—¿De verdad van bien las cosas con tus hermanas? ¿Con las tres?

—Sí, y en parte es gracias a Amber. Con Leonor todo es más sencillo porque no entiende algunas cosas, y las que sí, prefiere ignorarlas. Con Cassandra solo necesité disculparme por lo idiota que fui y esforzarme en demostrar que podía ser distinto. Pero con Margot...

—¿Qué con ella?

—Se parece a mí.

Y eso explicaba mucho más que una descripción detallada de cómo marchaban las cosas. Margot era testaruda, orgullosa y muy rencorosa.

—No me dio esa impresión el otro día. De que no te tolere, me refiero.

—Seguro que hay momentos en que no lo hace, pero si pude ganarme su aceptación o por lo menos su respeto es en parte gracias a Amber. A ella sí que la adora, igual que a las niñas.

Para un hombre tan obstinado como lo era él, debía de ser muy difícil admitir sus errores, sobre todo con sus hermanas menores. Pero allí estaba, actuando como si fuera lo más natural del mundo, cuando él mismo presencié lo mucho que le costaba ver a los ojos a sus hermanas después de la primera vez que les gritó.

—Parece que lady Amber ha hecho un gran trabajo. Metió en vereda a un crápula y se ganó el afecto incluso de la más arisca.

—Margot es como un gato, en eso sí que tienes razón. Se parece a mí.

Lo decía con una mezcla de orgullo y preocupación que no le pasaron desapercibidas. Era el momento.

—¿Recuerdas a Andrew Ferguson? —asintió—, nos encontramos en el barco de regreso, y nos llevamos bien. me invitó a su fiesta de bienvenida de anoche. Estuve allí.

Whitman pareció pensar en qué podía significar eso y chasqueó la lengua.

—Lo viste, ¿no es así?

—Estaba por intervenir cuando llegaste.

—Siento que se repite la historia de Cassandra.

—Entonces... ¿por qué permitiste que se casara con él?

—¿Qué?

—Que por qué permitiste que se casara con él.

—¿De qué estás hablando?

—¿No es él su esposo?

Se echó a reír.

—¿Por supuesto que no! ¿De dónde sacas eso?

—¿Entonces quién es su esposo? ¿por qué no se hace cargo él de la situación?

—¿Pero de dónde sacas eso!

—Por cómo le hablé, creí que él era su esposo...

—A eso me refiero, ¿de dónde sacas que está casada? —reformuló—: Margot está soltera.

—¿Qué? ¡No puede ser! Entonces... ¿el niño?

—¿Qué niño?

—Cuando viene, estaba con un bebé recién nacido.

—¿Ah! ¿Victor? Es mi hijo.

—¿Tienes un hijo recién nacido? ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Te escribí para decírtelo!

—No me llegó ninguna carta.

—No sería la primera que se pierde —negó—. ¿Por qué creíste que era su hijo?

Le explicó brevemente su encuentro, omitiendo las cosas que le cruzaron por la cabeza.

Se sirvieron el segundo vaso de whisky y Tristan se quitó la chaqueta.

¿Cómo pudo equivocarse tanto? Claro que Margot no se había casado en dos años, ese era su estilo. Casarse con un hombre tan simplón no era algo que ella haría. Se aburriría de alguien así en un par de horas.

—No se ha casado porque no quiere, y no me veo capaz de obligarla.

—Tampoco podrías. Tu hermana nunca fue ni obediente ni sumisa, y si le dieras una orden como esa, saldría corriendo en la dirección opuesta.

—Ser el hermano mayor nunca es fácil.

—¿Tu hermana quiere casarse?

—Margot es de la misma escuela que tú. Si se queda soltera, por lo menos da menos problemas de los que esperaba que daría, pero más de los que quisiera.

—¿Pero? Porque hay un pero.

—Me conoces —le sonrió—. ¿Recuerdas lo mucho que me ayudaste con Cassandra?

Por supuesto que lo recordaba. Cuando Simon no podía estar presente porque se iba de juerga o sencillamente desaparecía durante días, Tristan, desde la sombra, cuidaba de ella y procuraba

que no se acercara a personas poco recomendables, ni siquiera por la desesperación de soportar a un Simon que lo perdía todo en el juego.

Nadie lo sabía, pero el día en que ella conoció al que ahora era su marido, él estuvo allí y Remington le pareció un buen hombre. Lo conocía de antes, de un viaje que hizo una vez a París, y por eso no intervino.

por suerte, las cosas terminaron bien, y el hombre al que debían de mantener a raya, no pudo acercársele de nuevo.

—¿Tú también lo viste? ¿A Murdoch?

—¿Murdoch?

—Neville Murdoch. Capitán del ejército. Un hombre respetado y con una reputación en decadencia.

—Por su adicción al opio —comprendió.

—No solía ser así, pero la primera vez que pidió la mano de Margot supe la clase de persona que es. Reconozco a un adicto cuando lo veo.

A un adicto como lo fue él, quiso decir.

—Le he negado su mano un par de veces, pero después de lo que ocurrió ayer, me atrevo a pensar que es peligroso.

—¿Por qué no te haces cargo tú? Dudo que te vayas de juerga como antaño.

—Mi mujer acaba de dar a luz. Ya son cuatro. No puedo dejarla sola demasiado tiempo, y sabes el mucho tiempo que la temporada quita.

La petición de Whitman implicaba muchas más cosas de las que podía mencionar. Si creyéndola casada necesitaba poner tierra de por medio para no imaginar cosas que no debía, cuidar de ella significaría mucho más.

—Margot puede cuidarse sola. Es mucho más inteligente que Cassandra, pero sigue siendo una muchacha inocente que no alcanza a comprender la mezquindad de un hombre. Sé que si Murdoch tuviera la oportunidad...

No terminó la frase y Tristan no lo necesitó para entender su temor. En el mejor de los casos, se aprovecharía de ella y se iría sin decir nada. Y en el peor de los escenarios, se casaría con ella y Simon no podría negarle su mano. Un matrimonio con un hombre así solo podría terminar en tragedia.

—Lo haré —se puso de pie, mareado por sus propios pensamientos—, pero no quiero que lo sepa. No le agrado y huirá de mí, así las cosas solo pueden complicarse más y más.

—No le diré nada.

—Debo irme. Dile a milady que le dejo mis saludos y le deseo buena salud. Y a tus hijas, que vendré otro día a dejarles unos regalos.

Se puso la chaqueta, intentando concentrarse en lo que estaba haciendo y no en los recuerdos

que esa conversación le trajo. Cuando tenía una mano en el pomo de la puerta, Simon volvió a hablar.

—Supe que el barón está muy enfermo. Tal vez deberías visitarlo. Piénsalo, o podrías arrepentirte.

Capítulo 9

Los siguientes días, Tristan los pasó encerrado en su casa.

Seguía sin estar de ánimos para aparecerse por alguno de los club de caballeros a los que pertenecía, y de hecho, tampoco quería hablar con nadie.

Se sabía rencoroso por naturaleza, y también que no sería capaz de perdonar a su padre, pero la sola idea de que el viejo muriera y no pudiera decirle lo que pensaba de él, o que creyera que podría morir y con él se iría su secreto era incluso peor.

Lo odiaba, pero no perdía de vista que era su padre y tenía un deber para con él.

En la mañana del cuarto día, cuando la falta de sueño empezaba a pesarle, se sentó frente al escritorio de su habitación e intentó escribirle para anunciar su visita, pero nada daba resultado.

Se rindió tras diez intentos y se metió a la cama. Necesitaba pensar.

Todas y cada una de sus conversaciones en los últimos años habían girado en torno al matrimonio y la familia, dos cosas que a Tristan solo le interesaba evitarlas y por las que el viejo no tenía ningún respeto.

Si debía de ser honesto consigo mismo, una parte de él sí quería ir a la casa familiar y presentarse ante el barón, demostrarle que mientras él gozaba de buena salud y de las maravillas de la juventud, él tenía un pie en la tumba sin siquiera haber cumplido los sesenta años.

Al barón, sus años de desenfreno silencioso, y ejemplaridad de cara a la galería empezaban a pasarle factura. Tenía entendido que le costaba moverse por su propio pie y apenas podía cumplir con sus obligaciones en la Cámara de los Lores. Su vida en sociedad ya no existía, y su única descendencia no era lo que esperaba.

Todas las cosas por las que alguna vez estuvo orgulloso ya no eran como antaño: Anne Rose estaba casada con un abogado de medio pelo —palabras de él— y no con un conde o marqués como correspondía por su apellido, belleza e influencias. Tristan permanecería soltero hasta el final de los días, y el único nieto que tenía era un niño demasiado tímido para su gusto, y además no llevaba el apellido Whitman.

No podía terminar de enlodar el nombre de la familia porque afectaría a Anne Rose, pero ganas no le faltaban, solo que su hermanita no tenía la culpa de nada. Justo por eso, el viejo había intentado hacerle llegar su mensaje a través de la única capaz de convencerlo.

El viejo era lo bastante inteligente para darse cuenta de que la única manera de llegar a él era

a través de su hermana, y debía, si no saber cuánto miedo ella le tenía, al menos intuirlo y tirar de esa cuerda para hacerlo aparecer como por arte de magia en las puertas de su residencia en Picadilly Street.

Ser cariñoso y comprensivo antes de una puñalada trapera era su especialidad, y Tristan no se veía ni con ganas ni con fuerzas para ser parte del paripé de hijo pródigo que él quería proyectar ante sus conocidos. Simplemente no podía permitir que lo utilizara o que siguiera lastimando a su hermana.

Para cuando su ayuda de cámara el ató los cordones de las botas, Tristan estaba ya convencido de que lo mejor que podía hacer era pensar con la cabeza fría lo que haría una vez estuviera frente a su padre, pues aunque quisiera, aunque se muriera de ganas, presentarse en su casa y gritarle todo lo que había callado por años, lo que pensaba de él y lo mucho que lo odiaba, esa no era una opción razonable.

Con toda probabilidad, el barón Reynolds estuviera al tanto de todos y cada uno de sus movimientos desde que regresara al país, ya que, como pudo comprobar muchos años atrás, tenía infiltrados en su propia casa. A pesar de que Tristan no le dio nunca un solo dolor de cabeza, el viejo era controlador por naturaleza, y nunca nada ni nadie podrían sacarle de la cabeza que las personas a su alrededor estaban confabulando. Ya fuera para quitarlo del medio, para hacerse con su fortuna o para interrumpir la línea de sucesión legítima para la baronía. Había desconfiado incluso de Anne Rose y su marido, a quienes se negó a darle la dote que correspondía.

Si no fuera casi imposible de conseguir, su padre habría jurado con una mano sobre las Sagradas Escrituras que el único objetivo de Marcus Mullaly era quedarse con el título y la fortuna de la familia. Hacía doce años, cuando su hermana se casó con él después de que los encontraran a solas en una biblioteca y al barón no le quedara más opción que aceptar el matrimonio, Tristan se había desgastado intentando explicarle que Mullaly no era la clase de hombre que estaba suponiendo, y que no solo no se estaba casando por el dinero de Anne Rose, sino que estaba dispuesto a renunciar a él con tal de enterrar el hacha de guerra.

No lo entendió, por supuesto, y la relación se tensó como nunca antes.

Dudaba que hubiera permitido la presencia de Anne Rose en su casa porque de pronto hubiese abierto los ojos, y si Tristan lo conocía solo un poco, estaba tramando algo y era grande.

Algo que, sin miedo a perder una apuesta, Tristan podía asegurar que estaba relacionado con el matrimonio. Uno que Tristan no deseaba y cuya negativa no iba a cambiar nunca. Preservar el apellido Hartley era lo último que deseaba, y si con él se acababa esa rama familiar, lo aceptaría más que gustoso.

Los Hartley podían no ser una familia de abolengo centenario o con una antigüedad equiparable a los Tudor, pero poseían una reputación y una fortuna que llamaban la atención con solo entrar en un lugar. Eran considerados por todos como personas honradísimas e influyentes.

El mismo Tristan se habría creído todo aquello si no conociera de primera mano la podredumbre de su familia, en especial la de su padre.

Hizo el camino en silencio e intentando mantener la mente en blanco.

Cuando las rejas se abrieron y pudo ver a través de la ventanilla la increíble magnificencia de la casa paterna, sintió arcadas.

Un lacayo de su padre le abrió la puerta y le indicó que su padre estaba en el jardín tomando el sol.

Aquello le dio un mal presentimiento, y rebelde como solo lo era con las órdenes del barón, ignoró la información y entró por la puerta principal a la casa, en lugar de ir directamente al lateral de la construcción, donde el mayordomo recibió su sombrero y abrigó sin emitir una sola palabra.

—Dígale al barón que estoy aquí.

—Milord dejó dicho que estaría en el jardín esperándolo.

Tristan contuvo un gruñido y se dejó guiar al exterior como una visita cualquiera. Lo estaba esperando porque lo conocía y sabía que llegaría.

A su padre le gustaba remarcar esa diferenciación: que Tristan ya no era parte de nada de aquello, y era en lo único en lo que estaban de acuerdo, pues a él tampoco le hacía ninguna ilusión ser su hijo.

—Padre —saludó—. ¿Cómo está?

El barón cerró el libro que estaba leyendo y lo vio de pies a cabeza, buscando un error o un defecto en su apariencia. Al no encontrarlo, le hizo una señal para que tomara asiento frente a él.

—Siéntate, Alexander —ordenó.

Cuánto detestaba ese nombre.

Una doncella le sirvió un té de limón con whisky, la única bebida que se consumía en esa casa siempre que su padre pudiera opinar.

Rechazarlo era una opción que a Tristan no le estaba permitida, así que lo bebió en silencio, intentando obviar el desagradable sabor y esperando que la visita fuera breve.

Odiaba estar allí.

—¿Y bien? —preguntó al cabo de un rato en el que el barón retomó su lectura.

—¿Qué son esos modales? Aún no termino —se justificó su padre—. Vienes a mi casa sin avisar y pretendes que deje de lado todo solo para atenderte. ¿Quién crees que eres?

Tristan se masajeó las muñecas.

—Si iba a tomar esta actitud desde que me viera, no debió tomarse tantas molestias para hacerme venir —siseó—. Anne Rose, los rumores que corren sobre su salud e incluso los sirvientes que me espían sin ningún disimulo... ¿qué está tramando?

—¡Yo no tramo nada! —bramó—. ¡Sois todos vosotros los que trapicheáis a mis espaldas!

Ahora que sabéis que estoy enfermo y ,me voy a morir, os acercáis a mí para ver qué sacáis... Ese repentino afecto que la malagradecida de tu hermana profesaba hacia mí, traer a su bastardo... ¡y no es la única! tus tías y los buenos para nada de sus hijos hacen lo mismo. Se pasean por mi casa dando órdenes como si fueran las dueñas. Ven todo lo que hay, lo que he logrado y ambicionan ser las señoras de la casa. Y todo esto es tu culpa.

Pensó en el pequeño de Anne Rose, en lo parecido que era al viejo, en lo tierno que era y en lo feliz que se veía. Estaba seguro de que, si conoció al viejo, se le lanzó a los brazos como a él. significaba que era un niño que crecía siendo feliz y querido, tan distinto a la infancia que él y su hermana tuvieron... y todavía, el viejo tenía la bravuconería de decir referirse a él como un bastardo, cuando con toda probabilidad, era la única persona que se alegraba de verlo.

—Entonces hable, porque tengo muchas cosas que hacer.

—¿Como qué? ¿Asistir a la Cámara? —se rio—. Debe de ser difícil haberse preparado toda la vida para estar en un lugar y tener que esperar a que tu viejo padre muera para reemplazarlo.

No eran ni las nueve de la mañana y ya buscaba provocarlo. No se permitió ni siquiera parpadear de más, seguro como estaba de que solo mostrándose impasible conseguiría fastidiarlo.

—También quería ir al club a apostar. Es otro de los oficios para los que se educa a los Hartley. O largarme de nuevo. descubrí que el mundo es muy grande y sí cabemos los dos en él. Al otro lado del Atlántico no le llegarán tan rápido los rumores sobre mí.

El barón tensó la mandíbula.

La mayor parte del tiempo, Tristan se consideraba un hombre paciente, pero cuando su padre entraba en escena, toda esa mesura y buenas maneras de las que hacía gala desaparecían. Era un ser despreciable y no se molestaba en ocultarlo, ni Tristan en fingir indiferencia.

—¿Cómo has estado?

—Bien. Muy bien.

—¿En cinco años no pudiste venir a ver a tu anciano padre ni una sola vez? ¿Era necesario que me enterara por otros de tus correrías por el continente?

—Le escribía cada seis meses para hacerle saber que estaba con vida y dónde me encontraba —le recordó—, no me acuse de haber desaparecido sin decir nada porque bien sabe que las cosas no fueron así.

—¿Y cómo fueron entonces? Un día decides que te largas, te vas sin dar explicaciones y me lo notificas con una carta que ni siquiera se extendió dos párrafos.

Una doncella a la que no había notado se acercó para servirle una cucharada de láudano y después endulzar el té.

A su padre no le gustaba que nadie tocara su comida, incluso había solo dos cocineros en la mansión que se iban con él al campo durante el receso social, y las pruebas para trabajar en la

cocina eran igual de complicadas que las de palacio.

¿Sería verdad que estaba enfermo?

—Gracias, Lucy. puedes retirarte.

¿Estaba siendo amable?

—¿Desde cuándo le das las gracias a la servidumbre? ¿No eres tú quien decía que solo los ignorantes dan las gracias a quienes están para servirles?

—Lucy es especial.

Esa respuesta no la esperaba, pero de corazón esperaba que esa jovencita no fuera el nuevo juguete de entretenimiento del barón. Aún era muy joven para pasar por eso.

—No vine a discutir cómo trates a la servidumbre —concedió—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué te traes entre manos esta vez?

—Que te cases y me des nietos, por supuesto.

—No.

—Ni siquiera he hecho mi propuesta.

—Es que no necesito escucharla porque mi decisión seguirá siendo la misma: no me voy a casar y no importa cuántas veces intente convencerme de lo contrario.

—Hay una joven que acaba de llegar de América. Su padre es muy rico y está deseoso de entrar a la aristocracia británica. La dote es inmejorable y la joven no está de mal ver. Incluso un inútil como tú puede tener la vida resuelta si se porta bien con ella cuando estén casados. necesita que se le eduque para que no parezca una salvaje y nos avergüence.

—No me voy a casar —repitió.

—Su padre tiene buenas referencias de ti. Al parecer, le interesa que tengas una buena reputación y seas joven. Le darás nietos sanos.

—No me voy a casar. Si tantas ganas tiene de emparentar con esa gente y ponerle las manos encima a esa fortuna, cátese con ella y a mí déjeme en paz.

Se puso de pie listo para marcharse.

Al final, esa visita había sido una total pérdida de tiempo. Ni siquiera estaba seguro de por qué fue, porque ni siquiera era capaz de decirle que lo sabía todo. ¿Eso lo hacía un cobarde? Tal vez sí.

—Ya cumplí con mi deber de visitarlo y hacerle saber que estoy de regreso.

—No te he dicho que puedes irte.

—Seguirá diciendo tonterías y yo no pienso escucharlo, pero déjeme que le diga algo y procure no olvidarlo: no me voy a casar, ni con ella ni con nadie. No importa si me pone en bandeja un reino entero o todo el oro del mundo. No lo haré y es una decisión tomada.

—No hemos hablado de tu fiesta de bienvenida. Ella estará presente y será un buen momento para que se dé a conocer en sociedad, pues aunque ya fue presentada, no es muy popular. He

pensado en...

—No se le ocurra seguir con esos planes de fiesta o de matrimonio porque no asistiré y menos si la idea esa de casarme con quién sabe quién sigue en pie. No insista más o me veré en la necesidad de volver a largarme, y le aseguro que, si lo hago, no regresaré ni para rendirle honores.

—No puedes hacerlo. Necesitas de mi dinero para...

—Parece que ya olvidó quién era mi madre. Aprendí de usted a cuidar mi fortuna y hace algunos años que manejo la herencia de mis abuelos. Ya le dije que no lo necesito, lord Reynolds, así que le recomiendo que no me toque las narices.

Empujó la silla con fuerza, provocando un estruendo y se marchó sin la reverencia o el saludo protocolar.

Sintió deseos de echarse a correr hasta su carruaje, asfixiado por el aire que se respiraba allí, pero su orgullo no le permitía darle la satisfacción de ver cuánto le afectaba aún una discusión con él. Había conseguido imponerse y ser tajante. No había mayor satisfacción que esa.

Tristan lo odiaba con cada fibra de su ser, y si se contenía era solo porque la educación, la decencia y verlo tan acabado le impedían arremeter contra él, pero que Dios lo ayudase, porque cada día que pasaba su paciencia llegaba más y más al límite.

—Milord toma una siesta a las cuatro sin falta. Si viene cerca de esa hora, las visitas deberán ser más breves, sir Tristan —le informó el viejo mayordomo mientras le entregaba su bastón.

—Gracias, Michels. Espero que la información no me sea de utilidad.

—Eso implicaría no regresar a ver a su padre.

—Exactamente, Michels, exactamente.

Capítulo 10

Había pasado los últimos días ideando uno y mil planes para acercarse a él y sin siquiera llevarlos a cabo, ya sabía que serían un fracaso.

En su afán de ganarse su corazón había pasado por alto algo sumamente importante: Tristan Hartley no quería casarse. No era algo que no supiera, y de hecho, esa fue una de las razones por las que siempre quiso no estar enamorada de él. La distancia la había hecho idealizarlo y pasar por alto el que podría ser su mayor defecto.

Lo peor era que ya era tarde para recular. Si siendo una niña no pudo evitar quererlo con todas sus fuerzas, siendo una mujer adulta que tenía con quién compararlo, era imposible.

Al igual que en aquella ocasión en la que escuchó la conversación entre Simon y Tristan, la razón —porque sin duda había una— seguía siendo un misterio.

Y como si volver a escuchar de su boca que nunca iba a casarse no fuera suficiente, darse cuenta de lo que él pensaba y de lo que interpretó la dejó sin palabras. ¿Parecía una mujer casada? ¿Eso era bueno o malo?

Si no estuviera enamorada, estaría ofendida.

Escuchar conversaciones ajenas era una mala costumbre que Amber intentó erradicar sin éxito, pero cada vez que paraba la oreja detrás de la puerta, encontraba más motivos para nunca dejar de lado sus actividades de espionaje.

De esa charla pudo sacar algunas cosas de las que jamás se habría enterado. Estaba segura de que James Remington fue el único en pedir la mano de su hermana y por eso se casaron, pero al parecer, al igual que con ella, Simon no buscaba una alianza que le diera dinero, sino que lo dejara tranquilo respecto a ellas. Del bienestar de Cassie no tenía que preocuparse, y si quería lo mismo para ella, ¿quién mejor que Tristan Hartley?

Solo tenía que convencerlo de que casarse estaba bien, y que ella era la mejor opción.

Lo mejor era que su hermano le encomendó cuidar de ella, y para hacerlo tenía que estar cerca. ¡Es que no podían darle una mejor noticia que esa!

La oportunidad estaba al alcance de la mano, solo necesitaba un plan a prueba de errores. Pero a ella ya no se le ocurría nada.

Se arregló para hacerle una visita a la única persona que podía ayudarle y estaba en condiciones de hacerlo.

A diferencia de la casa en la que Marian, Ruth y los gemelos vivían, Cassie estaba a apenas dos calles de la mansión Wycombe y a seis de ella. Llegó al cabo de un rato y no le sorprendió encontrar a su hermana en el jardín, corriendo detrás de los niños y de Leonor, que estaba

quedándose con ella para no molestar a Amber con sus berrinches.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Cómo has estado?

Le dio dos besos en las mejillas y le encargó a la niñera que cuidara de los tres.

—Tuve un sueño y necesito tu ayuda.

Cassie la hizo pasar a su su salita privada y solo hasta que les dejaron el carrito del té y cerraron la puerta, su hermana se giró con curiosidad.

—¿Fue un sueño?

—Algo así —murmuró—, ¿me ayudarás?

—No cabe duda de que eres hermana de Simon —murmuró—. ¿Se trata de algo que podría considerarse delito?

Rio.

—Es algo que te convertiría en una buena hermana.

Cassie se inclinó, con una mano en el mentón y el codo en el regazo, una pose que jamás le había visto.

—¿De qué se trata?

—Quiero casarme.

—Eso sí que es una buena noticia. ¿En qué te ayudo?

—Quiero verme más bonita.

Aquello logró sorprenderla, y tal vez tenía que ver con que a Margot su apariencia siempre la tuvo sin cuidado. Si debía arreglarse más, lo hacía sin chistar, pero en general, no se esforzaba demasiado.

—¿Quién es el afortunado que captó tu atención?

—N-no hay. P-ero no quiero quedarme soltera y... y he pensado que si me veo más bonita podría acercárseme alguien distinto.

—Eres muy bonita —le acarició la mejilla—. Es ahora cuando debería decirte que quien te quiera y te elija debe de hacerlo por lo que eres, pero eso solo nos sirve a nosotras. A los hombres se les entra por los ojos.

—¿Me ayudarás?

—¿Simon te está presionando? Si es así, puedes quedarte conmigo. A James le daría mucho gusto, y seguro que a Marian y a Ruth también, porque os podríais ver más a menudo.

—No me está presionando —le juró—. Si Simon quisiera deshacerse de mí, le habría dado mi mano al primero que la pidió, sin siquiera escuchar mi opinión.

—¿Tienes algo...?

La puerta se abrió mientras el pequeño Antoine, de dos años, entraba corriendo y berreando que su hermana mayor, Aurora, lo estaba molestando.

—¿Verdad que no lo estoy molestando, tía Leo?

Independientemente de la respuesta, nadie le creería. Su hermanita menor era una diablilla traviesa. Cabello rojo alborotado, barro en las manos y un par de ramillas en una manga del vestido... no había manera en que alguien que la conociera no supiera que era culpable, aunque su carita inocente dijera lo contrario.

—¿Así vais a recibir a vuestra tía? —preguntó Cassie—. Tenéis que portaros bien o le diré a vuestro padre y no habrá más paseos en los ponis por un buen tiempo.

Como si esa amenaza fuera el interruptor de una palanca, Antoine dejó de llorar y Aurora se sacudió el barro de las manos.

—¡Tía Maggie!

Ambos niños se le lanzaron encima y la cubrieron de besos. Tal vez era porque crecían en un ambiente muy distinto al que ellas tuvieron de pequeñas, o que sus padres les habían enseñado a ser afectuosos, pero, al igual que las hijas de Simon, eran criaturas amorosas y dulces. A Margot las muestras de afecto seguían dificultándosele. No terminaba de acostumbrarse a la armonía que reinaba a su alrededor. Como si todos hubieran soltado el pasado menos ella.

Le sonrió y se sentó en la alfombra a jugar con ellos como solía hacerlo con las gemelas.

Envío una nota a casa para informarle a Amber que pasaría allí el resto de la tarde y subió a su habitación para descansar un poco mientras los niños tomaban la siesta.

Leonor ya estaba allí, con la cabeza descolgada y los zapatos sobre la cama.

—¿Sabes si Tris ha ido a casa? ¿Ha preguntado por mí? ¿Le dijiste dónde puede encontrarme?

—Sí ha ido, pero no sé si ha preguntado por ti y si Simon le dijo algo al respecto —mintió—. ¿Por qué lo preguntas?

Leonor se deshizo la trenza, facilitándosele la labor gracias a su posición sobre la cama.

—Porque no ha venido a verme. ¿Crees que ya no me quiere? ¿O Simon le dijo que no me porto bien?

Margot se quitó las botas y la obligó a sentarse sobre la cama para ayudarla con el cabello. Después, la tomó de la mano y se tumbó junto a ella.

—No creo que se trate de eso. Recuerda que Jamie dijo que cuando un viaje es largo, pasas mucho tiempo sintiéndote cansada. Debe de ser el caso y no quiere que lo veas así.

—¿Entonces no crees que sea porque ya se olvidó de mí o no le agrado?

Al parecer, el punto débil de las Whitman era Tristan, pues Cassie lo trataba con la consideración y respeto dirigidas a los hermanos mayores. Ella estaba enamorada de él desde hacía una vida, y Leonor parecía no poder ni con la emoción ni con la frustración de su repentino regreso.

—A la única persona a la que puedes desagradarle es a mí —jugueteó con un mechón—. Los demás tienen el deber y la obligación de caer rendido ante tu encanto travieso.

—¡Pero si tú me adoras!

—¿quién dijo esa mentira tan grande?

—Tú —la acusó—. te lo escuché decir el otro día.

—Báñate bien. Escuchas mal porque no te lavas las orejas.

—Dile a nanny que lo haga.

—Ya estás grande para eso —la regañó.

Continuaron así, tomadas de las manos hasta que Margot reaccionó y la escuchó roncar. Estaba por girarse para dormir un poco cuando Cassie asomó la cabeza.

—¿Ocurre algo?

—Quédate aquí esta noche. Mañana a primera hora tenemos cita con la modista para tu nuevo guardarropa.

—¿De verdad?

—Tenemos que ser puntuales para que pueda entregarlo lo más rápido posible.

Margot se bajó de la cama con cuidado y se abalanzó sobre su hermana para fundir un beso en cada mejilla.

—¿Sabes que te adoro?

Capítulo 11

Llevaba varios días dando vueltas en círculos sin saber exactamente cómo podía dar el primer paso sin arriesgarse demasiado. Pasado el furor inicial y una vez se sentó con pluma y papel para ordenar sus ideas, se dio cuenta de algo fundamental: no tenía ni la más remota idea de qué hacer.

Si bien, verse más bonita y poder tenerla cerca jugaban un papel importante en todo aquello, no era suficiente.

Seguramente antes de que ella fuera presentada hubo muchas damas hermosas, quizá más que ella, mujeres interesadas en él y con una mejor posición, influencias o incluso le gustaron, y nada de eso fue suficiente para que se decidiera a casarse, así que verse bien y gustarle no era suficiente.

—Estás enfocando mal todo tu plan —le dijo Ruth, tumbada en su cama mientras comía chucherías—. Tienes que pensar como él.

—¿A qué te refieres?

—No le hagas caso —cortó Marian, lanzándole un cojín a Ruth—. Somos dos florero, así que nuestra opinión cuenta menos, porque nadie nos hace caso.

Ruth puso los ojos en blanco.

—Ser unas olvidadas no significa que no entendamos la mente de un hombre. Son bastante más sencillos de lo que parecen. Primitivos, incluso.

Marian se sentó a su lado y empezaron a cuchichear entre ellas sin que Margot pudiera entender nada. Parecía una discusión en voz baja.

Habían sido así desde que las conoció varios años atrás. Eran inseparables, como un matrimonio, y de hecho, vivían juntas, con los hermanitos de Marian, en una casa que su cuñado James mantenía. Ruth era más descarada y coqueta. Le gustaban los hombres atractivos y de no ser porque Marian, mucho más sensata, le paraba los pies para que no cometiera una imprudencia, se habría dejado engatusar por alguno de esos crápulas a los que ninguna matrona, por muy desesperada que estuviera, le presentaría a su hija.

—Me da igual. Está desesperada y si yo tengo la respuesta a todos sus dilemas, ¿por qué no ayudarla? No es como si le vaya a sugerir algo indecoroso —Marian enarcó una ceja—. O no del todo.

—No te atrevas.

—Deja de ser tan melodramática y recatada. Margot no es ninguna estúpida y si le sugiriera

algo que vaya contra los férreos principios morales de una dama, no actuará, ¿verdad, querida?

Asintió, expectante.

—Luego, cuando haya problemas, no digáis que no os lo advertí.

Ruth se soltó el cabello y con las manos en el regazo empezó a hablar:

—El problema es que tú quieres conquistar a un hombre, querida, pero para que esté dispuesto a renunciar a sus más firmes convicciones, se necesita mucho más que su corazón. Tienes que ir a su mente, a sus recuerdos, a sus deseos más profundos. Si quieres que se quiera casar contigo, tienes que seducirlo.

—¿Seducirlo?

—Eso puede servir con los hombres comunes, pero él es un caballero de los pies a la cabeza, y es el mejor amigo de su hermano. No va a dejarse seducir.

—Entonces tenemos que conseguir que deje de ser un caballero. O seducirlo.

—¿Seducir a un caballero?

—Eso mismo —sonrió Ruth—. Empecemos con el plan.

Ruth y Marian se quedaron a pasar la noche en casa.

A pesar de que a Simon le hacía especial gracia tener gente en su casa, cuando se trataba de Marian, cambiaba por completo. tenía una predilección por ella, y Marina parecía estar en la misma sintonía. Incluso salía en su defensa cuando Margot decía algo malo de él.

Estaban terminando de desayunar en familia cuando un lacayo entró al comedor y le dijo algo a Simon en el oído, que se puso pálido de inmediato.

—Margot —la llamó—, ¿hay algo que quieras compartir conmigo?

—No.

—¿Estás segura? —insistió.

Todas las miradas se centraron en ella.

—Estoy segura.

—Hay un par de lacayos allá afuera que vienen de parte de madame Bellavoir a dejar un encargo. ¿Se equivocaron?

¿Madame Bellavoir? ¡La modista!

—¡Ah, no! Son míos. ¿Cuántos baúles hay?

—Tres.

Si las cuentas no le fallaban, debía de ser mucho más.

—¿Solo tres?

El lacayo asintió.

—Recíbalos, por favor. Ya le escribiré yo a la madame si no estuviera completo.

—Sí, señorita.

Continuaron desayunando a pesar de la mirada indescifrable de su hermano y de la incomodidad de Amber.

—¿Qué te ocurre, Simon?

Esperaron a que retiraran todo de la mesa, llevaran el periódico y los volvieran a dejar solos para hablar.

—¿De dónde salieron esos baúles?

—Del taller de madame Bellavoir, por supuesto —respondió sin comprender—. ¿Por qué?

—Déjame reformular: ¿de dónde sacaste la idea de hacer un pedido de más de tres baúles?

Entonces comprendió a dónde quería llegar.

—Necesitaba un cambio de guardarropa y Cassie se ofreció a pagarlo. Yo solo quería un par de vestidos, pero ella insistió en añadir vestidos de tarde, de paseo, de mañana, pamelas, medias, listones, zapatos e incluso un par de abanicos de plata. Si te parece demasiado, dile a ella.

—¿Cassandra los va a pagar?

—Sí.

—A nosotras también nos mandó a hacer unos vestidos —interrumpieron Marian y Ruh—. No queríamos aceptarlos, pero ya sabes cómo es.

En los últimos meses, Simon había reducido significativamente los gastos de la casa por la inversión que estaba por hacer en una mina de topacios en Dover. Si él hubiera tenido que pagarlos...

—¿Para qué quieres tanta ropa, querida?

Amber la veía como quien posee la verdad absoluta y quiere una confirmación.

—Quiero verme bonita —resumió.

Su cuñada le dedicó una de esas miradas cómplices que parecían saberlo todo, y seguramente sabía qué era lo que pretendía.

—¿Sabes cuándo podrías usar uno? Para la mascarada de los Stowe —alzó una invitación—. Es en tres días.

Capítulo 12

Tras días enteros fingiendo que no tenía nada que ocultar, por fin había llegado su gran noche.

Ruth y —muy a su pesar— Marian la ayudaron a trazar un plan de acción para seducir a Tristan. Se trataba de un par de hojas cuidadosamente guardadas tras un espejo en su habitación en cuyo encabezado rezaba: «Cómo seducir a un caballero en diez sencillos pasos. O menos».

No era una lista de pasos como tal, sino un montón de dietas de cómo llamar su atención de manera positiva, jugando con su carta magistral: que la vigilara para que Murdoch no se le acercara. al aparecer, el impresentable y horrible capitán le estaba siendo de más ayuda que cualquier persona, porque mientras él siguiera merodeando, Tristan se encargaría de mantenerlo a raya sin quitarle a ella los ojos de encima. No era la clase de «no puede dejar de verme» que buscaba, pero por algo se empezaba, ¿no?

A pesar de que Simon la había llevado, como a cada evento de las últimas semanas, apenas unos minutos después de entrar lo perdió de vista, no tan adrede como hubiera querido, porque si Tristan no la vio con él, quizá le costaría que supiera que era ella.

El bullicio del salón de baile era equiparable con sus nervios. La música, a pesar de ser la misma, parecía diferente a otras noches, y las conversaciones ni siquiera las escuchaba. toda su atención estaba puesta en él y en reconocerlo de entre tanta gente, pues el salón estaba atestado.

Procurando mantener una pose de mujer elegante, empezó a deslizarse en medio de la multitud y a verlos con curiosidad. Para esa noche, Amber la ayudó a elegir un vestido negro que realzaba su palidez y contrastaba con el color dorado de los accesorios —máscara, joyas y ridículo—. No tardó mucho en encontrarlo. Llevaba uno de sus tantos trajes azules de tres piezas y una máscara a juego que disimulaba bastante sus rasgos. De no ser porque reconocería esa pose tensa en cualquier parte, habría pasado la mitad de la fiesta buscándolo.

Al parecer, él sí la había reconocido desde el principio, o solo lucía muy bien, porque mientras esquivaba parejas y conversaciones, no le quitó los ojos de encima.

Tristan era la clase de hombre que se guiaba por el honor y la palabra, y si se comprometió con su hermano Simon a cuidar de ella y evitar que se metiera en problemas, la seguiría de cerca.

Aprovechó, ahora que lo tenía localizado, para vagar por el salón y buscarse una limonada. Quería comprobar que no la dejaría sola.

Él tardó al menos cinco minutos en acercarse.

—Pareces aburrida, ¿no te está gustando el baile, Margot? —preguntó Tristan detrás de ella, su voz era apenas audible sobre la música.

—La verdad es que no está siendo la noche interesante que creía que sería. Ni siquiera he bailado una sola vez —se lamentó.

—¿Por qué no bailas?

—Nadie se ha acercado a pedirme una pieza. Es una pena, Amber se esforzó en que esta noche estuviera radiante y el resultado...

—Siempre fuiste buena manipulando —sonrió él—. ¿Quieres que te invite a bailar?

—No estaría nada mal. Serás el único al que le conceda una experiencia tan maravillosa.

—¿Cuál?

—La de ser mi pareja esta noche, sin duda.

A pesar de que la máscara cubría buena parte de su rostro —a diferencia de la de ella—, podía adivinar sus expresiones solo por a dónde se orientaba la curvatura de su boca. Era increíble, y en ese momento parecía divertido.

—Una experiencia única, sin duda —convino Tristan, socarrón.

Margot le ofreció una bebida y se quedaron allí un buen rato, en silencio, con la mirada fija en las parejas en el centro de la pista. Con nadie le había pasado antes que no decir una sola palabra le resultase cómodo. El efecto Tristan, sin duda.

A medida que la noche fue avanzando, Margot se descubrió cada vez más intrigada por los diferentes disfraces y máscaras que veía a su alrededor, y comentaba con Tristan cada una de sus elucubraciones. Él parecía querer seguirle el ritmo, pero había pasado bastante tiempo desde que estuvo en sociedad y algunos rostros eran nuevos para él.

—Ese de allí es el señor Adkins. a ese sí que debe de conocerlo.

—Fue uno de los mil pretendientes de lady Amber. Me sorprende que siga soltero.

—A mí no. Lo traté un par de veces en mi primera temporada, antes de que Simon le gruñera un saludo, y puedo entender por qué nadie le ha dado la mano de su hija en matrimonio. Es infinitamente desagradable.

—Entonces la travesía de buscar esposa no acabará hasta el final de nuestros días —se lamentó—. Hay gente que se quiere casar a toda costa, no importa con quién, y hay quienes evitan el matrimonio como la peste.

Abrió la boca para preguntarle cuál de esos era él, aunque ya sabía la respuesta, pero no quería agriar el momento. Ya tendría tiempo para saberlo.

—¿Vamos ya?

Tristan le ofreció su brazo. Si bien, no era la primera vez que se colgaba de él, esta vez lo sintió diferente. Quizás era el calor de la noche la certeza de lo que pensaba hacer esa noche, pero había algo diferente en todo aquello y temió que los resultados no fueran los esperados.

—Hay alguien que no nos quita la mirada de encima y ha bebido bastante —le comentó él al detenerse en la pista—. Traje negro, corbata roja, a su derecha.

Llena de curiosidad, se giró con disimulo, fingiendo observar las flores que decoraban las paredes. Su humor no pudo ir a peor cuando supo quién era.

—Es Neville Murdoch —siseó—. ¿Cómo consiguió entrar? Estoy segura de que los anfitriones no lo invitaron.

—Es una mascarada, no es tan difícil colarse sin invitación. Procuraré que no se te pueda acercar.

—Mi caballero de brillante armadura —murmuró con dramatismo.

—Más que un caballero, creo que necesitas un matón.

— ¿Usted qué es?

—Puedo ser un matón si me provocan.

—Entonces es lo que necesito —declaró con solemnidad.

Los primeros acordes empezaron a sonar y se pusieron en posición de baile. Listos para empezar.

El vals los envolvía en un torbellino de movimientos gráciles mientras Tristan y Margot se deslizaban por la pista de baile, sus cuerpos casi tocándose en cada giro. A pesar de la música y la multitud a su alrededor, Margot solo tenía ojos para él.

Darse cuenta de lo bien que encajaba entre sus brazos y que incluso sus alturas fueran perfectas, la hizo pensar, no por primera vez, que estaban hechos el uno para el otro. .

—Debo admitir, señorita Whitman, que usted luce absolutamente deslumbrante esta noche —dijo Tristan con voz suave y un semblante solemne.

Margot sonrió con timidez y el calor de un sonrojo le tiñó las mejillas bajo la máscara dorada.

—¿A qué se debe ese halago, sir Tristan?

—A que es la verdad —susurró él muy cerca de su oído, erizándole la piel—. Estás muy bella esta noche.

—Entonces supongo que debo agradecerle.

—Hazlo dejando la formalidad. nos conocemos de toda la vida. Llámame Tristan. Deja el protocolo para los demás.

—Está bien, Tristan. Tú tampoco te quedas atrás. Estás guapísimo.

Lo vio enarcar una ceja.

—Creo recordar que las damas no hacen ese tipo de elogios a los caballeros.

—Pero tú y yo nos conocemos de toda su vida —le recordó, usando sus palabras—, y me dijiste hace unos momentos que puedes ser un matón si así lo necesito.

—Eso me aleja de ser un caballero —respondió, comprendiendo su lógica.

—Exactamente.

Continuaron bailando por la pista sin decir nada más. Margot pudo comprobar que no era un bailarín excepcional. Era bueno en ello, no se equivocaba e incluso podía cubrir los errores de su pareja, o sea, de ella.

Hasta en eso se complementaban.

Cuando la canción llegó a su fin, Tristan tomó la mano de Margot y la condujo hacia el balcón, lejos de las miradas curiosas de los demás invitados. Mientras caminaban, Margot se dio cuenta de que giraron por la pista hasta quedar en una esquina que Murdoch no podría ver con facilidad desde donde estaba. Brillante.

Al llegar al balcón, la luz de la luna los bañó en un brillo plateado mientras se detenían frente al pasamanos, observando el paisaje nocturno extendiéndose ante ellos.

Verlo quitarse por fin la máscara y que la luz de la luna le añadiera atractivo a sus rasgos afilados fue más de lo que pudo soportar sin suspirar.

Era un hombre bellísimo.

Ahora entendía a lo que Amber se refería cuando le dijo que en su momento fue el hombre más atractivo de Londres.

—Tristan, ¿me acompañarías a dar un paseo por los jardines? —preguntó Margot al cabo de un rato, su voz temblorosa por la emoción.

—Por supuesto. Pero recuerda que debemos regresar rápido. antes de que alguien note tu ausencia o Murdoch dé con nosotros —le advirtió Tristan, quitándole la máscara por fin.

Se aventuraron fuera de la construcción en silencio y se adentraron en los tranquilos jardines de la mansión. La luz de la luna y unos pocos faroles iluminaban sus caminos mientras se alejaban del bullicio del baile. A medida que caminaban, Margot se sentía cada vez más cautivada por la belleza del paisaje y la cercanía de su Tristan.

Tenía los nervios a flor de piel y no estaba segura de cómo saber cuál sería el momento perfecto para poner en marcha su plan.

Así estuvieron más de diez minutos.

—Es una noche preciosa, ¿no te parece? —comentó Margot, nerviosa, cuando se detuvieron cerca de unos rosales.

Tristan asintió, incapaz de apartar la mirada de la belleza serena de Margot bajo la luz de la luna.

—Sí, lo es. Margot —la llamó—. Me temo que nuestro tiempo afuera se está acabando. Debes regresar antes de que tu ausencia sea notada.

Su voz parecía pesadosa, y Margot quiso aferrarse a ello para actuar. Si no quería volver era porque prefería pasar tiempo con ella, y eso debería de significar algo, ¿no?

Antes de que perdiera el valor y de que él bajara la guardia, decidió actuar y deseó no arrepentirse después.

Margot se acercó a él con la determinación brillándole en los ojos, con una intensidad que lo dejó sin aliento y lo hizo desear algo imposible. Sin decir una palabra, la muchacha levantó su mano y le acarició la mejilla con tanta dulzura que pudo sentirla a pesar de llevar guantes.

Y antes de que Tristan pudiera reaccionar, Margot lo atrajo hacia ella y pegó sus labios a los de él.

Fue una caricia apenas, nada que ver con lo que él consideraba besos, y tan suave que se sintió como una caricia. Una cargada de emociones que le traspasaron la piel. Pasión. Deseo. Dulzura.

Antes de que pudiera reaccionar para apartarla o acercarla, y sin mediar palabra, lo soltó y se alejó corriendo hacia el interior de la casa, dejando a Tristan aturdido y con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.